

Historia, historiografía, historicidad. Conciencia histórica y cambio conceptual

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN¹
(Universidad del País Vasco)

En las páginas que siguen abordaré diversos asuntos relacionados con lo que globalmente llamaré, siguiendo a Koselleck, una semántica de los tiempos históricos. En primer lugar, pondré de manifiesto la conveniencia para todos los profesionales de la historia —no solo para los historiadores del pensamiento— de tener en cuenta las aportaciones de la «historia conceptual». Una aproximación al estudio del pasado que ayuda a combatir ciertos anacronismos y errores de apreciación muy comunes, derivados de las prácticas historiográficas asociadas a una metodología que calificaré de «genealógica», todavía muy frecuente en historia intelectual. En segundo lugar, pondré de relieve algunas de las más importantes consecuencias que trajo consigo la aparición de un nuevo régimen de conceptualidad en el siglo XVIII. A lo largo del texto subrayaré en todo momento la historicidad de la historia como concepto y como disciplina, y trataré de hilvanar algunas reflexiones acerca de un tema y un enfoque historiográfico poco tratado hasta ahora. Me refiero a lo que podríamos llamar una historia de la conciencia histórica o, tal vez con mayor precisión, una historia del sentimiento de historicidad. Por último, intentaré identificar los rasgos descollantes de la situación actual en este terreno, aventurando algunas consideraciones acerca de la potencia reflexiva de la historia (es decir, de su capacidad para distanciarse de sus presupuestos básicos y atreverse a mirar un poco más allá de sus propios límites disciplinares).

¹ Investigador Principal del *Grupo de Historia Intelectual de la Política Moderna* (IT-384-07; Departamento de Educación, Universidades e Investigación del Gobierno Vasco) y del Proyecto de Investigación «Historia Conceptual, Constitucionalismo y Modernidad en el Mundo Iberoamericano» (HAR2010-16095, Ministerio de Economía y Competitividad, Gobierno de España), integrado en la Unidad de Formación e Investigación (UFI 11/02) de la UPV/EHU, *Historia, Pensamiento y Cultura Material: Europa y el Mundo Atlántico*.

Mi tema de fondo girará en torno a algunas modalidades del cambio histórico en la era moderna. Me referiré en particular a esa fase de tránsito que Koselleck bautizó como *Sattelzeit*². A más de dos siglos de distancia de aquella época umbral de transición hacia la modernidad, este es un buen momento para mirar atrás y contemplar los senderos recorridos a la luz de algunas discusiones metodológicas recientes en el área de la historia intelectual relacionadas con la tan cacareada crisis de las ciencias sociales. A mi juicio, en el trasfondo del frecuente cuestionamiento de los grandes marcos y herramientas analíticas usadas por los historiadores que se viene produciendo en estas últimas décadas, lo que hay es la evaporación de las filosofías de la historia subyacentes al nacimiento de la historiografía moderna³.

El argumento principal de este capítulo pudiera resumirse como sigue:

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, coincidiendo con la Ilustración tardía, las revoluciones atlánticas y el auge y caída del Imperio napoleónico, el mundo occidental entró en un período de cambios incesantes y acelerados. Se produjo entonces una transformación decisiva que afectó a la mayoría de los conceptos socio-políticos fundamentales, e indirectamente también a las nacientes ciencias sociales. Al tiempo que se acuñaban términos nuevos referentes a movimientos políticos como *liberalismo*, *conservadurismo*, *progresismo*, *republicanismo* o *socialismo*, conceptos tan básicos como historia, sociedad y Estado iniciaron una nueva vida⁴. Dicha transformación semántica vino acompañada de una nueva temporalidad, esto es, de una concepción del tiempo histórico alternativa a la anteriormente vigente, así como de la consolidación e institucionalización progresiva de las ciencias históricas, sociales y políticas. Este texto tiene por objeto reflexionar sobre algunos aspectos de tales procesos, particularmente desde el punto de vista de la emergencia de esa forma sutil y refinada de conciencia histórica a la que pudiéramos llamar «conciencia histórico-conceptual». Trataré de mostrar que la propia historia conceptual⁵ se inscribe en este proceso de historización creciente de la vida humana, y subrayaré algunas ventajas que esta aproximación historiográfica comporta para el historiador de nuestro tiempo,

² Reinhart Koselleck, «Einleitung», en Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, vol. I, 1972, págs. xiii-xxvii; versión en español: Luis Fernández Torres, «Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana», *Anthropos*, núm. 223 (2009), págs. 92-105.

³ Odo Marquard, *Las dificultades con la filosofía de la historia. Ensayos*, Valencia, Pre-Textos, 2007 (ed. original: *Schwierigkeiten mit der Geschichtsphilosophie: Aufsätze*, Francfort del Meno, Suhrkamp Verlag, 1973).

⁴ Reinhart Koselleck, «Historie/Geschichte», en *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 2 (1975), págs. 649-653 (versión en español de Antonio Gómez Ramos: *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2004); «Staat und Souveränität», en *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 6 (1990), págs. 1-154. Peter Wagner, «“An Entirely New Object of Consciousness, of Volition, of Thought”: The Coming into Being and (Almost) Passing Away of “Society” as a Scientific Object», en Lorraine Daston (ed.), *Biographies of Scientific Objects*, Chicago, University of Chicago Press, 2000, págs. 132-157. Yair Mintzker, «“A Word Newly Introduced into Language”: The Appearance and Spread of “Social” in French Enlightened Thought, 1745-1765», *History of European Ideas*, 34 (2008), págs. 500-513.

⁵ Utilizo aquí la expresión «historia conceptual» en un sentido muy amplio, que incluye no solo la *Begriffsgeschichte* de Koselleck, sino también la historia contextualista llamada de Cambridge, de Pocock y Skinner, el análisis conceptual de las ideologías de Michael Freedon, y cualquiera de las varias ramas y metodologías que hoy suelen agruparse bajo la etiqueta *conceptual history*.

especialmente en lo que hace a su comprensión del cambio histórico, así como a la posibilidad de concebir modelos de temporalidad distintos del cronotopo en el que estamos instalados y que asumimos como parte del sentido común⁶.

1. HISTORIA, HISTORICISMO, HISTORICIDAD

Todos sabemos que la noción moderna de historia empezó a abrirse camino en la segunda mitad del siglo XVIII. Sobre ese cimiento conceptual se fue institucionalizando poco a poco ese conjunto de prácticas de investigación, escritura y enseñanza especializada al que llamamos historiografía, de modo que la centuria siguiente sería calificada a menudo como el «siglo de la historia». Es ese conjunto de prácticas y su inserción en las universidades europeas y americanas lo que justifica en último término nuestra presencia en el encuentro académico que está en la base de este libro⁷.

Así pues, podríamos decir que la historia como disciplina es hija del nuevo modelo de temporalidad o experiencia moderna del tiempo surgida de las revoluciones políticas de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Solo entonces, con el advenimiento del nuevo régimen de historicidad, algunos espíritus inquietos empezaron a intuir que la humanidad era constitutivamente histórica, que la «historicidad» era la manera de ser característica del ser humano⁸. Un cambio cultural de enorme importancia que conocemos como historicismo, y que de la mano de un puñado de autores eminentes, alcanzaría como es sabido un gran desarrollo, especialmente en Alemania⁹.

⁶ Utilizo aquí la noción de cronotopo en un sentido más general que el bajtiniano, para referirme a una cierta manera de entender y articular la temporalidad y la espacialidad por parte de determinado grupo humano o cultura histórica particular (al acuñar este concepto, Mijail Bajtin lo aplicó como es sabido sobre todo a la literatura: Mijail Bajtin, «Forms of Time and of the Chronotope in the Novel. Notes towards a Historical Poetics», en *The Dialogic Imagination*, Austin, University of Texas Press, 1981, págs. 84-258 (versión española: «Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos sobre Poética Histórica», en *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989). Véase al respecto el ensayo de Federico Navarrete Linares, «Diálogo con M. Bajtin sobre el cronotopo», disponible en www.estudiosecologistas.org/docs/reflexion/indigenas/bajtin.pdf.

⁷ Me refiero al Congreso Internacional «Europa del sur y América latina. Perspectivas historiográficas», organizado por Manuel Suárez Cortina, a quien agradezco su invitación para tomar parte en aquel interesante encuentro (Universidad de Cantabria/Fundación Comillas, Santander/Comillas, 19-21 abril de 2012). Guillermo Zermeno Padilla, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

⁸ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, especialmente los primeros capítulos: págs. 19-126. François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Paris, Seuil, 2003, págs. 77-107. Robert J. Richards, *The Romantic Conception of Life. Science and Philosophy in the Age of Goethe*, Chicago, The University of Chicago Press, 2002.

⁹ Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México, F.C.E., 1943 (ed. orig.: *Die Entstehung des Historismus*, 1936); Annette Wittkau, *Historismus: Zur Geschichte des Begriffs und des Problems*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1992; Georg G. Iggers, *The German Conception of History: The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, Ct., Wesleyan University Press, 1983 (2.ª ed. revisada); del mismo autor, «Comments on F. R. Ankersmit's Paper "Historicism: An Attempt at Synthesis"», *History and Theory*, 34/3 (1995), págs. 162-167, e «Historicism: The History and Meaning of the Term», *Journal of the History of Ideas*, 56/1 (1995), págs. 129-152; Otto Gerhard Oexle, *Geschichtswissenschaft im Zeichen des Historismus. Studien zu Problemgeschichten der Moderne*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1996.

Aunque sin duda en muchos aspectos suponía un avance considerable respecto de la clásica historiografía ilustrada, como toda escuela o corriente de pensamiento, el historicismo presentaba problemas e inconsistencias. La crítica de estas inconsecuencias y puntos ciegos, iniciada por Nietzsche en su lúcido ensayo *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida* (1874)¹⁰, llegaría a su culmen en la llamada «crisis del historicismo» de los años 20 y 30 del siglo xx¹¹.

Entretanto, los cambios en la conciencia histórica que acompañaron a tales debates dejaron su huella en el lenguaje. Así lo testimonian algunos cambios profundos en los significados asociados a las palabras *historia* e *historicidad*. Mientras que al comienzo del proceso «historia» significaba sobre todo el relato de acontecimientos sucedidos en el pasado a personas, instituciones o colectividades concretas, y más tarde empezó a referirse también al conjunto de los sucesos y experiencias de la humanidad a lo largo del tiempo —incluyendo el futuro y la totalidad de sus historias—, en el siglo xx terminaría por aludir además, especialmente en contextos de debate filosófico, a la naturaleza del hombre como ser histórico: enfrentado a una existencia finita, el ser humano va desarrollando su vida durante un tiempo limitado, abierto permanentemente a un futuro ignoto.

Paralelamente, el término —mucho más raro— «historicidad», que en una primera instancia se refería a la cualidad de verdaderos que distingue a los hechos (supuestamente) históricos (esto es, a los hechos ocurridos realmente, frente a los sucesos ficticios, legendarios o míticos), pasó a entenderse de un modo mucho más profundo como una cualidad inherente a la existencia humana misma, puesto que el hombre va construyendo su mundo y se va construyendo a sí mismo en el tiempo en condiciones históricas cambiantes¹². Al final, la historia no era ya tanto un objeto externo al hombre, sino su sustancia más íntima, la manera humana de ser y de estar en el mundo. Y, consecuentemente, la historicidad pasó de ser un término libresco y una propiedad atribuible a los hechos a una noción existencial referida a la condición humana. Claro que esa comprensión propiamente histórica, en lugar de acercarnos a la verdad abso-

¹⁰ Dos alusiones que interpretan de manera muy diferente el texto de Nietzsche *Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben* (1874) en Mark Salber Phillips, «Distance and Historical Representation», *History Workshop Journal*, 57 (2004), págs. 138-139, y Niklas Olsen, *History in the Plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2012, pág. 59.

¹¹ Pietro Rossi, *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Turín, Einaudi, 1971; Francesco Borghesi Sgoluppi, *El historicismo de Dilthey a Meinecke*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 1995; Otto Gerhard Oexle (ed.), *Krise des Historismus – Krise der Wirklichkeit. Wissenschaft, Kunst und Literatur 1880-1932*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2007.

¹² Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, págs. 484-501. Ricoeur hace en esas páginas un recorrido por los usos y la trayectoria histórica del término alemán *Geschichtlichkeit* desde Hegel hasta Heidegger (cuya obra *Sein und Zeit* (1927) resulta obviamente fundamental para este tema). El uso del término en lengua española a lo largo del siglo xx presenta asimismo una doble dirección. Por una parte, ciertos historiadores, teólogos, o filólogos —es el caso, por ejemplo, de Ramón Menéndez Pidal cuando habla de la historicidad del Cid o de la epopeya castellana— usan *historicidad* para referirse a la cualidad de ciertos acontecimientos o personajes transmitidos por la tradición de haber sucedido o existido realmente en el pasado, frente a otro tipo de personajes o de eventos ficticios o inventados. En segundo lugar, desde los años 30 el término es cada vez más usado, especialmente por los filósofos, en referencia a la dimensión histórica de la condición humana. En este último sentido la palabra se encuentra con cierta frecuencia en autores como Ortega y Zubiri, así como en las obras de varios discípulos del primero, tales como Julián Marías, Pedro Laín Entralgo o Luis Díez del Corral.

luta, como pretendía Hegel y en cierto modo todavía Dilthey, abría inevitablemente la puerta a la indeterminación y al relativismo¹³.

A comienzos del siglo XXI, en tiempos de transformación social acelerada y de incertidumbre, algunos teóricos han sostenido con buenos argumentos que estamos entrando en un nuevo régimen de temporalidad, que se caracterizaría por un insólito ensanchamiento del presente¹⁴. Un cambio de horizonte que habría empezado a afectar a la historiografía de diversas maneras (por ejemplo, a través de un inusitado auge de la llamada «memoria colectiva»). Permítaseme dejar a un lado ahora, sin embargo, esta importante y controvertida cuestión que no deseo discutir aquí.

2. REVOLUCIONES MODERNAS Y CAMBIO CONCEPTUAL.

UNA CRÍTICA A LAS APROXIMACIONES GENEALÓGICAS EN HISTORIA INTELECTUAL

Volvamos, pues, a esa época inaugural de la modernidad (o de la Edad Contemporánea, como suele decirse en nuestras facultades de historia) que fue la era de las revoluciones. Me ocuparé a continuación de algunas características de las revoluciones desde el punto de vista del cambio conceptual. Mi punto de referencia será la serie de trastornos cataclísmicos que transformaron profundamente el mundo atlántico entre el último tercio del setecientos y las décadas centrales del ochocientos¹⁵. El ejemplo que tendré en mente sobre todo es el de las revoluciones hispánicas (1808-1840), aunque buena parte de lo que diré podría ser de aplicación *mutatis mutandis* a las demás revoluciones euroamericanas.

La literatura histórica especializada ha mostrado que estas revoluciones supusieron un cambio decisivo en el imaginario y en las prácticas políticas de aquellas sociedades. Es natural que así fuese, pues toda legitimidad política se asienta sobre bases simbólicas y discursivas¹⁶. Por mi parte, quisiera destacar que, en el plano intelectual,

¹³ «Cuando se invoca la historia como última instancia, cuando se comprenden todos los conceptos de forma histórica, se acaba con la diferencia entre lo verdadero y lo falso y con la aspiración filosófica (...) de alcanzar la verdad absoluta». Esa historia, que no excluye el azar, «es amoral y justifica todo lo que queramos. De hecho», dice [Löwith] citando a Valéry, «no enseña nada, porque lo contiene todo» (Karl Löwith, «Verdad e historicidad» [1970], en *El hombre en el centro de la historia. Balance filosófico del siglo XX*, Barcelona, Herder, 1998, págs. 385-397, pág. 397; cit. Antonio Rivera García, «Relativismo e historia de los conceptos políticos», *Daimon*, 24 [2001], pág. 103). Raymond Aron sostuvo, por el contrario, que la superación del relativismo histórico radical —según el cual no existiría conexión alguna entre las percepciones dispersas de unos y de otros— es posible desde el momento en que el historiador cobra conciencia de que él también escribe desde un punto de vista particular, lo que le predispone a hacerse cargo de la pluralidad de perspectivas históricas (Raymond Aron, *Dimensions de la conscience historique*, París, Plon, 1961, pág. 14).

¹⁴ Hartog, *Régimes d'historicité*, ob. cit.

¹⁵ En realidad, estas transformaciones van mucho más allá del Atlántico. Bayly ha mostrado que durante las dos últimas décadas del siglo XVIII y las dos primeras del XIX se produjeron en buena parte del globo, no solo en los países de la cuenca atlántica, una serie de crisis y revoluciones que guardan cierta relación (Christopher A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914. Conexiones y comparaciones globales*, Madrid, Siglo XXI, 2010, págs. 76 y sigs.). David Armitage y Sanjay Subrahmanyam (eds.), *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010.

¹⁶ Según K. Baker «la autoridad política es [...] una cuestión de autoridad lingüística; primero, en el sentido de que las funciones políticas se definen y sitúan dentro del marco de un discurso político dado; y segundo, en el sentido de que su ejercicio toma la forma de definiciones autorizadas [...] de los términos

estos cambios se proyectaron y multiplicaron extraordinariamente por distintas vías y medios, hasta el punto de haberse producido paralelamente a los cambios políticos una auténtica revolución cultural (de la que la revolución conceptual sería solamente un aspecto, ciertamente muy relevante).

Esta revolución cultural hay que relacionarla, en primer término, con importantes transformaciones en la circulación del vocabulario político hablado y escrito, multiplicado a través de la prensa y de las discusiones en asambleas y juntas, cabildos y congresos. Por estos y otros medios se difundieron a escala atlántica —en francés, inglés, español, portugués, etc.— una serie de nociones polémicas (soberanía, representación, constitución, derechos y libertades, división de poderes, opinión pública, etc.) que con anterioridad eran términos cultos y raramente se habían visto sometidos a público escrutinio. El trabajo que estamos llevando a cabo en la red *Iberconceptos* se centra precisamente en los procesos diferenciales de cambio semántico producidos en aquella época en las distintas áreas del Atlántico ibérico¹⁷.

Otra característica común a estas revoluciones es el cambio cardinal que tuvo lugar en los criterios de legitimidad del poder. Bajo unas circunstancias u otras, un orden considerado legítimo durante siglos fue puesto súbitamente en tela de juicio, anatematizado como despótico. Ahí reside sin duda una de las claves esenciales para entender estos procesos. El arrumbamiento de lo acostumbrado hizo necesario inventar un orden alternativo que viniera a llenar ese vacío.

Algunas páginas de Ortega y Gasset dedicadas a los cambios y las crisis históricas resultan muy sugerentes a este respecto. Si, como observó el filósofo madrileño, seguramente «la pregunta radical de la historia» es «¿qué cambios de la estructura vital ha habido? ¿Cómo, cuándo y por qué cambia la vida?», es indudable que las revoluciones modernas fueron uno de esos momentos paradigmáticos de transición acelerada entre dos épocas. Ahora bien, en opinión de Ortega, este tipo de cambios se caracterizan más por la aparición de un sentimiento de desapego hacia lo que empieza a ser percibido como viejo que por el surgimiento de una alternativa política e intelectual que pueda ser nítidamente proclamada como nueva¹⁸.

La esencia del cambio radicaría principalmente, pues, en el hundimiento de un mundo —o, quizá mejor, en el ocaso de una concepción del mundo—, no tanto en la

dentro de ese discurso» (Keith Michael Baker, *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pág. 5).

¹⁷ Javier Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, vol. I, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009 (segundo volumen en preparación). Véase en especial el ensayo de Guillermo Zermeño, «Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850», págs. 551-579. Para el caso de España contamos con los dos volúmenes siguientes, ambos dirigidos por Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes: *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2002; y *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza Editorial, 2008. Varias naciones y regiones latinoamericanas cuentan asimismo —o contarán en breve— con obras de referencia específicas para cada espacio, trabajos que sería largo referenciar aquí.

¹⁸ José Ortega y Gasset, *Obras Completas*, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1983, VI, págs. 27, 69-70. La historia humana, para Ortega, es sobre todo la historia de ese tipo de grandes modificaciones culturales que pueden ser descritas como «cambio(s) de horizonte o mundo» o «cambios en la estructura del mundo» (*En torno a Galileo. Esquema de las crisis*, 1933, especialmente lección VI: «Cambio y crisis»). Sobre la conciencia de la obsolescencia como precondition y estímulo de la innovación conceptual véase Donald A. Schon, *Displacements of Concepts*, Londres, Tavistock, 1963, págs. 22-27.

erección de una nueva realidad sustitutiva, que solo lenta y trabajosamente llegará a tomar forma. Cuando se produce el «cambio de horizonte», no es extraño que «lo viejo» —esto es, lo que *ahora* empieza a ser visto como viejo—, basado en la experiencia de lo conocido, deje sentir su peso sobre los actores partidarios del cambio de un modo más apremiante que lo nuevo, desconocido por definición, y que consistiría más bien en un futuro abierto de expectativas generalmente tan imprecisas como halagüeñas. Las diversas tentativas y propuestas ideológicas se presentan casi siempre acompañadas en tales ocasiones de interpretaciones que de una manera o de otra se apoyan sobre el pasado, en medio de actitudes de profunda desorientación y desasosiego.

Cuando el hombre se queda «sin convicciones, [y] por tanto, sin mundo», explica Ortega en su texto de 1933 *Esquema de las crisis*, necesita llenar ese vacío existencial. Le es preciso entonces «des-pensar todos los viejos conceptos, liberarse de ellos y forjar una ideología radicalmente original»¹⁹. Sabemos, sin embargo, que «des-pensar conceptos» es extremadamente difícil, si no imposible en el corto plazo. «La dificultad reside, no en las nuevas ideas, sino en escapar de las viejas», señalaba por su parte John Maynard Keynes²⁰. Desde un punto de vista diferente, escribía Gramsci, casi al mismo tiempo que Ortega, en una famosa fórmula que «la crisis se produce cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer»²¹. Y es que, como han mostrado tanto Koselleck como Skinner, incluso cuando se trata de innovar de manera radical, la necesidad de servirse del lenguaje disponible no puede ser obviada²².

Tradicición e innovación, lejos de ser términos incompatibles, se implican mutuamente: los actores, incluidos los más exaltados revolucionarios, no pueden dejar de volver repetidamente la mirada atrás para fundar sus anhelos y aspiraciones. Los historiadores de la cultura nos han mostrado convincentemente que las cosas no se aniquilan ni brotan de la nada, sino que resultan de una incesante transformación de «lo

¹⁹ *En torno a Galileo. Esquema de las crisis*, 1933, lección X: «Estadios del pensamiento cristiano».

²⁰ «The difficulty lies, not in the new ideas, but in escaping from the old ones, which ramify, for those brought up as most of us have been, into every corner of our minds» (John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Londres, Mac Millan, 1936, Preface [1935]).

²¹ «La crisi consiste appunto nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere: in questo interregno si verificano i fenomeni morbosi più svariati», observa Antonio Gramsci en referencia al fascismo (*Quaderni del carcere*, V. Gerratana [ed.], Turín, Einaudi, 1975, vol. 3, pág. 311). Parece ser que Bertolt Brecht retocó ligeramente esta cita diciendo: «las crisis se producen cuando lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer».

²² Incluso el ideólogo más innovador está forzado a servirse de las convenciones lingüísticas: «El problema al que se enfrenta todo agente que desee legitimar lo que está haciendo al mismo tiempo que logra lo que se propone no puede ser, sencillamente, el problema instrumental de amoldar su idioma normativo para que se adapte a sus proyectos. Tiene que ser, en parte, el problema de amoldar sus proyectos para que se adapten al idioma normativo disponible» (Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, F.C.E., 1985, vol. I, págs. 10-11). «Ningún concepto “puede ser tan nuevo que no esté virtualmente constituido en la lengua dada y no tome su sentido de un contexto lingüístico heredado del pasado”» (Reinhart Koselleck, «Sozialgeschichte und Begriffsgeschichte», en *Sozialgeschichte in Deutschland: Entwicklungen und Perspektiven im internationalen Zusammenhang*, W. Schieder y V. Sellin [eds.], Göttinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 1987, II, pág. 102; cit. Elías José Palti, «Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje», en J. Fernández Sebastián y G. Capellán [eds.], *Lenguaje, tiempo y modernidad. Ensayos de historia conceptual*, Santiago de Chile, Globo Editores, 2011, págs. 224-225). Véase también Reinhart Koselleck, «Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia», *Revista de Estudios Políticos*, 134 (2006), págs. 17-34.

viejo» en nuevo, y viceversa. Cualquier nuevo concepto surge de la reconfiguración de elementos semánticos preexistentes²³. Ningún cambio cultural ni conceptual es absoluto: lo viejo no se elimina por completo, sino que más bien se preserva modificado, anulado en parte, y bajo una forma diferente. Según sostienen los cultivadores de la historia postsocial «toda situación social es necesariamente aprehendida por medio de las categorías heredadas de la situación anterior, lo cual implica que la realidad social no genera por sí misma los conceptos que se le aplican, ni estos surgen de la nada, sino que lo hacen de la interacción de dicha realidad con el sistema categorial existente»²⁴.

En realidad, la dicotomía viejo/nuevo no deja de ser engañosa y enormemente simplificadora²⁵. Responde a la visión estándar de un tiempo lineal, imaginado como un camino que conduce inexorablemente de un origen a una meta (digamos, en este caso, de la tradición a la modernidad) a través de una serie de fases ascendentes, de modo que cada nueva etapa sustituye y deja atrás todo lo anterior. Una visión que, como se ve, presenta dificultades casi insuperables para pensar situaciones híbridas, intermedias, que suponen coexistencia y solapamiento entre lo viejo y lo nuevo. De ahí que el planteamiento historiográfico que contrapone netamente *viejos* y *nuevos* conceptos, como si esta distinción fuera evidente por sí misma, conlleva una valoración implícita no menos normativa y esquemática que la de aquellos primeros liberales y republicanos del mundo hispano de la era de las revoluciones que hicieron de la retórica de la *tabula rasa* y de los «tres siglos de despotismo» una bandera de combate.

Los historiadores de los siglos XIX y XX que se ocuparon de las revoluciones, tomando ventaja de su posición en el tiempo y compartiendo habitualmente el mismo sustrato filosófico-político que inspiró a los protagonistas más fervientes de aquellos hechos, pusieron el foco en la novedad de un futuro de modernidad e independencias que para los actores era todavía una incógnita, pero que para los historiadores apenas guardaba ya ningún secreto. Es natural, por tanto, que, al dar cuenta retrospectivamente de las revoluciones, los profesionales de la historia hayan enfatizado sobre todo el advenimiento de la auténtica modernidad —o al menos seleccionado los signos que parecían presagiar tal advenimiento—, contemplando la situación anterior como una simple tela de fondo necesaria para realzar la lógica profunda y las sólidas razones de la implantación de la política moderna. Al hacerlo así, los historiadores contemporáneos frecuentemente han privado de sustancia histórica a la Edad Moderna temprana, que podía ser presentada, alternativa o simultáneamente, como un largo prólogo a la plena modernidad y/o como la imagen invertida del orden democrático, liberal y republicano. Hoy, sin embargo, los mejores profesionales de la historia moderna y de la historia del derecho están tratando de abordar, reconstruir y mostrar la lógica inter-

²³ «Any new concept or discourse is a reconfiguration of another (other) previous one(s)» (Miguel Ángel Cabrera, *Postsocial History. An Introduction*, Lenham, Lexington Books, 2005, pág. 38).

²⁴ «Any new social situation or event is always aprehended and conceptualized or objectied by means of the categories inherited from the previous situation, what implies social reality does not, on its own or from scratch, generate the concepts applied to it but does so in interaction with a preexisting categorial system» (Cabrera, *Postsocial History*, pág. 37).

²⁵ Remito en este punto a mi trabajo «Política antigua/política moderna. Una perspectiva histórico-conceptual», *contrepoin*t al dossier «La naissance de la politique moderne en Espagne», María Victoria López-Cordón Cortezo y Jean-Philippe Luis (coord.), *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. 35/1 (2005), págs. 165-181.

na de la Europa (y de la España) anterior a las revoluciones, evitando en lo posible ese tipo de visiones binarias estereotipadas²⁶.

La eclosión de las revoluciones modernas abrió un período incesante de cambios acelerados en casi todos los terrenos y fue seguida, no por casualidad, por el surgimiento y consolidación de las llamadas ciencias sociales. La secuencia, casi superposición, de ambos procesos —político e intelectual— hizo que muchas nociones polémicas forjadas al calor de las revoluciones fuesen aplicadas luego con escasas modificaciones como herramientas analíticas por los fundadores de las nuevas ciencias del hombre. El propio concepto de revolución, con su cortejo de nociones conexas —antiguo régimen, liberalismo, contrato social, opinión pública, representación, y otras muchas—, fue incorporado a la terminología técnica de las incipientes ciencias sociales. Un vocabulario conceptual que, proyectándose hacia el futuro, ha llegado hasta nosotros bajo la apariencia neutra de un repertorio de tecnicismos, pero que presupone e integra toda una visión ideológica²⁷.

Tanto los nuevos conceptos y discursos como los nuevos valores a ellos asociados surgidos con la revolución fueron sometidos a un rápido proceso de naturalización: poco después de su nacimiento eran vistos como si hubieran estado ahí desde tiempo inmemorial de manera larvada, esperando su momento para integrarse en la gran marcha del progreso. Enseguida se empezaron a trazar historias más o menos apócrifas del liberalismo, de la civilización, de la opinión pública, de la representación nacional, y así sucesivamente. Historiadores y teóricos sociales engendraron de ese modo, sin ser muy conscientes de ello, todo un nuevo repertorio conceptual formado por nociones que, al proyectarse hacia el pasado, generaron un nuevo paisaje político-intelectual, en el que algunas cosas se tornaron casi invisibles, mientras otras resultaron realizadas²⁸.

Acuña un concepto analítico, sobre todo si nace tan cargado de ideología como liberalismo, socialismo o colonialismo —por referirme a algunas destacadas acuñaciones del siglo XIX—, equivale frecuentemente a establecer un marco intelectual y normativo que se proyecta automáticamente hacia atrás para iluminar el pasado. Esta operación exporta repetidamente a las formaciones sociales pretéritas ciertas pautas de inteligibilidad —incluyendo a veces criterios de periodización historiográfica— y juicios morales no siempre congruentes con los marcos descriptivos y evaluativos que los actores de dichas sociedades se daban a sí mismos. Se enuncian así continuidades improbables y reevaluaciones drásticas de determinados fenómenos y sucesos históricos, mientras el pasado se va poblando poco a poco de sujetos imaginarios, juicios imposibles, identidades narrativas y cronologías espurias.

²⁶ Me remito, para el caso español, a algunos trabajos bien conocidos de Pablo Fernández Aldaladejo.

²⁷ Johan Heilbron, Lars Magnusson y Björn Wittrock (eds.), *The Rise of the Social Sciences and the Formation of Modernity. Conceptual Change in Context, 1750-1850*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1998.

²⁸ Con los nuevos conceptos cambia el paisaje, hasta el punto de alterar la percepción del mundo anterior y hacerlo casi invisible; un proceso que, tras cambios acelerados como los que suceden en las revoluciones, puede producirse en muy poco tiempo. Tocqueville refiere que los sentimientos que el rey inspiraba a las gentes del *ancien régime*, en el plazo de una generación, «sont même devenues pour nous presque incompréhensibles». Esa opacidad del pasado reciente puede conducir fácilmente a una valoración distorsionada y anacrónica, en la que muchas creencias que en su momento parecían correctas y aceptables aparecen ahora como un conjunto de prejuicios y supersticiones sin sentido: «Ne méprisons pas nos pères, nous n'en avons pas le droit», advierte el autor francés a sus contemporáneos (Alexis de Tocqueville, *L'Ancien Régime et la Révolution*, 1856, libro II, cap. 11, en *Œuvres Complètes*, París, M. Lévy Frères, 1864-1867, vol. 4, pág. 176).

El análisis del cambio conceptual ha sido abordado en las últimas décadas por varios teóricos y filósofos de la ciencia. Sin duda uno de los esquemas más celebrados e influyentes de nuestro tiempo es la teoría de las revoluciones científicas de Thomas Kuhn, una tesis que entiende la historia de la ciencia como una sucesión de momentos de ruptura seguidos de fases más tranquilas de «ciencia normal»²⁹. Pocock intentó aplicar esta teoría a la historia intelectual³⁰. El gran atractivo de este modelo reside a mi juicio en su énfasis en la discontinuidad, especialmente saludable en un área de conocimiento como la historia de las ideas, en donde ha predominado tradicionalmente una aproximación genealógica. Una aproximación que, partiendo de un concepto o problema actual, se retrotrae en el tiempo en busca del pedigrí de la idea en cuestión, obsesionada por el rastreo de la cadena de influencias y de significados que habrían conducido a su formulación presente.

Nietzsche y Foucault, dos de los críticos más agudos de esta manera de escribir historia consistente en trazar lo que aquí llamo «genealogías», se sirvieron no obstante de esta expresión en un sentido muy distinto, opuesto al que aquí utilizamos³¹. Tal como yo lo entiendo, una «genealogía» es un relato engañoso protagonizado por una entidad abstracta, que se remonta muy atrás en el tiempo y se presenta como un fenómeno básicamente continuo y unidireccional. Ahora bien, si se examinan con cuidado los procesos históricos subyacentes, esa entidad supuestamente unitaria y lineal aparece como el resultado contingente de la confluencia más o menos azarosa de diversos procesos que en su origen apenas tienen relación entre sí³². Sobre ese modelo se han escrito numerosas historias del liberalismo, de la democracia, del socialismo, etc. de una sola pieza. El concepto actual se hace remontar a un pasado lejano y queda consagrado y legitimado históricamente. Así, el liberalismo habría atravesado una larga singladura —a menudo segmentada en cierto número de fases— desde su hipotética constitución embrionaria en el siglo xvii, en tiempos del Renacimiento y la Reforma o incluso en la Grecia clásica, hasta el presente, siendo en el fondo un fenómeno úni-

²⁹ Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1971 (ed. orig: *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1962).

³⁰ J. G. A. Pocock, *Politics, Language, and Time*, Londres, Methuen, 1972, págs. 13-26. Rüsén ha aplicado el modelo al estudio de la evolución de la ciencia histórica como tal: Jörn Rüsén, *Historische Vernunft. Grundzüge einer Historik I: Die Grundlagen der Geschichtswissenschaft*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1983; Lutz Raphael, *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012, págs. 26-28.

³¹ Pese a los esfuerzos de Nietzsche y de Foucault por aclarar sus muy particulares usos metodológicos de los términos correspondientes en alemán y en francés a la palabra «genealogía» (*Genealogie* y *généalogie* respectivamente), considero que el enorme peso de los sentidos tradicionales asociados a dicha palabra hace difícil rescatarla metafóricamente por esos usos alternativos. De ahí que haya preferido utilizarla en este texto en sentido diametralmente opuesto al de las etiquetas nietzscheana y foucauldiana.

³² Raymond Geuss, «Nietzsche and Genealogy», en Raymond Geuss, *Morality, Culture and History: Essays in German Philosophy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, págs. 1-28. En su obra *Zur Genealogie der Moral* (1887) Nietzsche propone una investigación sobre el origen de ciertos valores y conceptos, aunque lo hace desde una aproximación filológica y antiteleológica muy diferente a los métodos habituales de la historiografía de su tiempo, que solía asumir de entrada el «despliegue metahistórico de significaciones ideales» (Foucault). La noción foucauldiana de «genealogía del conocimiento» deriva directamente de Nietzsche y rechaza con rotundidad la visión que aquí califico de «genealógica»: «La généalogie [...] s'oppose à la recherche de l'"origine"» (Michel Foucault, «Nietzsche, la généalogie, l'histoire», en *Hommage à Jean Hyppolite*, París, PUF, 1971, págs. 145-172, pág. 146). Véase también Timothy H. Wilson, «Foucault, Genealogy, History», *Philosophy Today*, 39/2 (1995), págs. 157-170.

co, pero siempre diferente (*eadem, sed aliter*). La «falacia genealógica» —que convierte la contingencia en necesidad y también podría ser denominada «falacia genética»— empieza por admitir contra toda evidencia que cada cosa, cada concepto, cada ideología tiene un «origen histórico» identificable³³. Esta práctica académica conduce a la creación de una entidad fantasmática que trata de hacer pasar como un fenómeno histórico «real» lo que no es más que una construcción discursiva del historiador.

Por todo ello, permítaseme insistir, es preferible pensar la historia intelectual no bajo la forma de la continuidad, esto es, como una sucesión acumulativa de ideas o de pensadores, sino más bien como una serie de mediaciones, solapamientos, dislocaciones, transiciones y rupturas epistemológicas o umbrales conceptuales. Lo cual implica que las categorías no se deben aplicar sistemáticamente hacia atrás, como si el tiempo fuese un medio diáfano. Tomarse en serio la historicidad de los conceptos y de los discursos implica asumir, por el contrario, un principio de irreversibilidad temporal según el cual las formaciones intelectuales no son entidades ahistóricas que puedan retroproyectarse *ad libitum*, atribuyéndolas artificiosamente a agentes de épocas anteriores, que vivían en contextos y circunstancias muy distintos al contexto y a las circunstancias concretas en las que tales formaciones surgieron y fueron operativas. Esta clase de anacronismo conceptual, consistente en «la proyección retrospectiva sobre el pasado de las categorías presentes», ha sido llamado por Elías Palti, parafraseando a Skinner, «mitología de la retrolepsis»³⁴.

Hay razones para sospechar que algunos movimientos políticos que protagonizan la literatura histórico-intelectual (no solo en sus versiones más tradicionales de «historia de las ideas», sino también en sus modalidades más sofisticadas de historias de los lenguajes y discursos) han tenido un origen «retroproléptico». ¿Acaso no sucede algo así con conceptos como liberalismo o republicanismo en algunos de los libros que sobre tales temas han proliferado estos últimos años? Con respecto al republicanismo, observó Appleby en 1985 que «once having been identified, it can be found everywhere»³⁵.

Pero al margen de los estudios específicos sobre «lenguajes», tradiciones o corrientes de pensamiento, este procedimiento genealógico es en sí mismo un semillero inagotable de conceptos hipostasiados. En efecto, al aparecer un nuevo concepto y al dotarlo de una dilatada prosapia de antecesores, tendemos a atribuir a toda su genea-

³³ Probablemente sería muy saludable cuestionar la mismísima noción de «origen histórico» de algo. Ya Marc Bloch previno a los historiadores contra «la obsesión embriogénica» y «el ídolo de los orígenes», que busca «la explicación de lo más próximo por lo más lejano» (Marc Bolch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1952 [ed. orig. en francés: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, 1949, págs. 27-32]). En el límite esta obsesión conduce a la búsqueda de una suerte de «código genético» del fenómeno estudiado, al presuponer la existencia de un núcleo esencial más o menos remoto que se va desplegando y transmitiendo a través de las distintas fases de su desarrollo.

³⁴ Elías J. Palti, «The “Return of the Subject” as a Historico-Intellectual Problem», *History and Theory*, 43 (2004), págs. 79-80. Algo parecido sucede también en las ciencias físico-naturales: «Each scientific novelty did reconfigure everything that had gone before, just as each work of art displaces the meaning of all the artworks that preceded it» (John M. Zammuto, «Review Article. History/Philosophy/Science: Some Lessons for Philosophy of History», *On Historicizing Epistemology: An Essay*. By Hans-Jörg Rheinberger. Translated by David Fernbach. Stanford: Stanford University Press, 2010», *History and Theory*, 50 (2011), pág. 405).

³⁵ Cit. en Daniel T. Rodgers, «Republicanism: the Career of a Concept», *The Journal of American History*, 79/1 (1992), pág. 32.

logía un núcleo semántico que se mantendría incólume a través de las generaciones. Este supuesto núcleo invariante sería justamente lo que permitiría reconocer al concepto por encima de las transformaciones sufridas³⁶. No es preciso decir que la existencia de tal núcleo invariante es igualmente una ilusión retrospectiva³⁷. El resultado, sin embargo, es que, sometido a ese protocolo de pseudo-historización, el concepto se ha reificado y ha cobrado vida propia: ya está listo para ser atribuido con verosimilitud a los agentes que vivieron varias décadas, o varios siglos, antes de su aparición.

Si no estoy equivocado, las transformaciones, a veces profundas, en la percepción del cambio político-intelectual sufrido por una sociedad en el tiempo se alimentan en gran medida de esas ilusorias transferencias de sentido desde el presente hacia el pasado; al interpretar el pasado a través del nuevo filtro conceptual, la representación y evaluación del mismo se transforma. Surge así un nuevo pasado, dotado de un relieve particular, con sus áreas luminosas y sus puntos ciegos, sus encomios y sus condenas, sus hitos cronológicos y sus épocas de calma. Esta retroproyección sistemática de las nuevas conceptualidades emergentes, cuya dirección dominante no obstante apunta indiscutiblemente hacia el futuro, es tal vez el procedimiento más productivo —y más distorsionante— de nuestra comprensión del pasado, y constituye un dispositivo generador de ilusiones y anacronismos que dificulta sobremanera el trabajo del historiador de los conceptos.

3. ¿CAMBIO EN EL CAMBIO? EL ADVENIMIENTO DE UN NUEVO RÉGIMEN DE CONCEPTUALIDAD

Como resultado de todas las transformaciones desencadenadas durante la era de las revoluciones se produjo, a mi modo de ver, un cambio profundo en la estructura de la experiencia humana, mucho más radical que en las revoluciones precedentes de algunos siglos atrás (es significativo que la palabra revolución saliera de esa experiencia hondamente transformada)³⁸. Este cambio afectó profundamente a la conciencia histórica de los sujetos y al mismísimo concepto de cambio, y podríamos describirlo como la entrada en un nuevo régimen de conceptualidad³⁹.

³⁶ Para que exista narrativa histórica debe haber necesariamente alguna clase de cambio *en la continuidad*, debe haber algo que persista a través de los cambios (Michael C. Lemon, «Continuity, Difference, and Change», en *The Discipline of History and the History of Thought*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995, págs. 54-55). Y el efecto de ese *algo* que persiste puede lograrse narrativamente con facilidad proyectando ciertos rasgos de la situación actual hacia el pasado (en el caso que nos ocupa, ciertas notas sémicas —el supuesto «núcleo semántico»— de un concepto).

³⁷ «Los conceptos sublunares son perpetuamente falsos porque son imprecisos, y son imprecisos porque su objeto se mueve sin cesar (...). Y no solamente [los conceptos] han cambiado, sino que no tienen invariante que sea el soporte de su identidad a través de los cambios» (Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, Fragua, 1972, pág. 178).

³⁸ Keith Michael Baker, «Revolution», en Colin Lucas (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. 2: *The Political Culture of the French Revolution*, Oxford, Pergamon Press, 1988, págs. 41-62. Mona Ozouf, «Revolución», en François Furet y Mona Ozouf, *Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid, Alianza, 1988, págs. 692-702.

³⁹ «The *Sattelzeit* not only marks a transition to a new period, but in fact indicates the transition to the first era in human history characterized by a predominant sense of historical time. This temporal structure of human experience is visible in an unprecedented sense of change and renewal (including the emergence

Mi tesis es que las revoluciones occidentales son el origen de un modo nuevo de cambio conceptual, que acompaña a una radicalización de la moderna conciencia histórica. Esta nueva modalidad de cambio semántico desveló la contingencia e historicidad de los conceptos, abriendo así la posibilidad de hacer de ellos el objeto de una historia. Precisamente sobre tales premisas se asentará lo que andando el tiempo se conocerá como «historia conceptual».

Muchos textos y fuentes de la época de las revoluciones atlánticas permiten entrever que sus autores fueron conscientes de que lo que estaban viviendo no era un cambio más. Oscuramente intuían que lo que se estaba produciendo no era simplemente el advenimiento de un cierto *novus* que, como había sucedido otras veces en el pasado, desplazaba parcialmente a un *veterus*, para entrar durante un tiempo en una nueva fase de relativa estabilidad. Se trataba de un nuevo género de novedad, de algo *radicalmente* nuevo: la entrada en un *novus ordo*, en un mundo de novedad incesante, de inestabilidad perpetua, acelerada, y de constantes discrepancias sobre el sentido de las palabras y de las cosas; el ingreso, en suma, en un tiempo distinto en el que ya nada volvería a ser igual⁴⁰.

«Todo se ha vuelto móvil», leemos en un folleto francés de la década revolucionaria. Con palabras muy parecidas se queja un publicista neogranadino de 1794, o un autor alemán dos décadas después. «Todo es problemático, todo es dudoso» afirmaban las autoridades de Montevideo en 1810, luego de la constitución de la Junta de Buenos Aires, pronosticando una «convulsión política». Dos años más tarde, en *El Grito del Sud*, el presidente de la Sociedad Patriótica porteña se quejaba de que el origen de los males de la revolución estaba en la absoluta «incertidumbre en que estamos de lo que somos y de lo que seremos». «Todo ha mudado», leemos en un periódico liberal vitoriano en 1814. «Las instituciones antiguas han caducado, sin que las nuevas hayan echado raíces», se queja Juan León Sandoval, Jefe del Estado de Nicaragua, bien entrada la década de 1840⁴¹. Los ejemplos podrían multiplicarse sin dificultad.

La sensación de que, frente a un orden tradicional caracterizado por la estabilidad y por la rutina, todo se ha vuelto frágil, inestable e incierto, atenazó a las generaciones

of concepts such as progress and development), in the notion of an open future which calls for human intervention and ‘planning’ and in the separation of ‘experience’ from ‘expectation’» (Wittrock, Heilbron y Magnusson, «The Rise of the Social Sciences and the Formation of Modernity. Conceptual Change in Context», Introducción a *The Rise of the Social Sciences and the Formation of Modernity*, pág. 8).

⁴⁰ Javier Fernández Sebastián, «Riding the Devil’s Steed. Historical Acceleration in an Age of Revolutions», en Javier Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time. New Approaches to Conceptual History*, Santander, Cantabria University Press-McGraw Hill, 2011, págs. 395-423.

⁴¹ Con el nuevo régimen que los revolucionarios han implantado en Francia —escribe un periodista de Bogotá en 1794— todo se ha vuelto «movible, precario y extravagante; (...) todo lo que antes era fijo ha venido a ser momentáneo, incierto y sin consistencia» (*Papel periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá*, núm. 164, 31-X-1794, pág. 886). Algo muy parecido se dice en la Alemania en 1828 (Koselleck, *Futuro pasado*, pág. 314). Otros testimonios similares: «Diario de los principales actos de las autoridades de Montevideo con motivo de la revolución de Buenos Aires y otras noticias desde el 24 de mayo al 3 de agosto de 1810», en Senado de la Nación, Biblioteca de Mayo, Colección de obras y documentos para la historia argentina, 20 vol., Buenos Aires, 1960, t. IV, pág. 3216; *El Correo de Vitoria*, núm. 7, 11-I-1814, págs. 49-50; Marisa Muñoz y Patrice Vermeren (comp.), *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia. Homenaje al filósofo Arturo A. Roig*, Buenos Aires, Colihue, 2009, pág. 6. Los testimonios de este tipo son innumerables.

que vivieron aquellos años. La experiencia de la labilidad de los significados, del cambio incesante y del futuro abierto arrojó esa sombra inquietante de imprevisibilidad y de incertidumbre sobre todas las cosas humanas que nos han transmitido tantos observadores de la época. Las quejas contra la multiplicación de los sentidos de las palabras y las polémicas continuas sobre el valor de los conceptos morales, sociales y políticos fundamentales son frecuentísimas en esas décadas⁴².

Así pues, la revolución va más allá del «terremoto conceptual» a que me he referido otras veces. No se trata «simplemente» —lo que ya es mucho— de la sustitución en un lapso no demasiado largo de un universo político-semántico por otro, de la puesta en planta de una nueva «constitución conceptual». En realidad, el cambio más profundo está en otra parte. Más que en la nueva constelación semántica, la transformación fundamental se refiere a la manera de aprehender el mundo y, en particular, a la manera de engendrar conceptos políticos. Ahí reside el cambio decisivo, que podría verse como una revolución epistémica.

A un viejo régimen de conceptualidad, con sus vías habituales de transformación basadas en la inercia y en la impremeditación, le habría sucedido un nuevo régimen o «modo de producción» conceptual en el que la innovación estaría tendencialmente guiada, dirigida por los seres humanos. Y no cabe duda de que la orientación temporal de la mayoría de esos cambios semánticos, a partir del estallido de la crisis, estuvo inequívocamente volcada hacia el porvenir. Si vale el símil, diríamos que se pasó de una vieja conceptualidad constituida, inercial y pasadocéntrica, a una nueva conceptualidad constituyente, proactiva y futurocéntrica.

Los primeros indicios a pequeña escala de ese nuevo régimen de conceptualidad se atisban ya en los albores del mundo moderno (siglos XVI y XVII), pero será sobre todo en el siglo XVIII cuando se advierta con claridad un fuerte impulso en esa dirección. La Ilustración puede entenderse ya como un programa de producción sistemática de nuevos conceptos orientados hacia el futuro⁴³. Mientras que los conceptos tradicionales eran más bien nociones retrospectivas, que miraban hacia el pasado, *conceptos de registro de experiencias* (*Erfahrungsregistraturbegriffe*), muchos de los nuevos conceptos ilustrados se orientan hacia el futuro e invitan a emprender experiencias inéditas, como sucede con aquellos primeros -ismos que contienen un grado mayor o menor de experimentalismo político (patriotismo, democratismo, republicanismo). En este último caso estamos, pues, ante una serie de nociones que abren nuevos horizontes

⁴² Para el caso hispano pueden verse, entre otros, mis trabajos: «La crisis de 1808 y el advenimiento de un nuevo lenguaje político. ¿Una revolución conceptual?», en *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, Alfredo Ávila y Pedro Pérez Herrero (eds.), México, UNAM-Universidad de Alcalá, 2008, págs. 105-133; «Las revoluciones hispánicas. Conceptos, metáforas y mitos», *La Revolución francesa: ¿matriz de las revoluciones?*, Roger Chartier, Robert Darnton, Javier Fernández Sebastián y Eric van Young, México, Universidad Iberoamericana, 2010, págs. 131-223; y «Guerra de palabras. Lengua y política en la Revolución de España», en *Guerra de Ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Jordi Canal y Pedro Rújula (eds.), Madrid, Marcial Pons, 2012, págs. 237-280.

⁴³ Reinhart Koselleck, «Innovaciones conceptuales del lenguaje de la Ilustración», en *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Luis Fernández Torres (trad.), Madrid, Trotta, 2012, págs. 199-224. La propia época de la Ilustración «se concibe a sí misma como una época que produce cosas nuevas»; nace así una nueva clase de concepto temporalizado «dinámico de forma permanente», que libera «potenciales semánticos y pragmáticos innovadores» (ibid., págs. 209 y 214).

a la experiencia de lo pensable y factible; se trata, por tanto, de *conceptos creadores de experiencia (Erfahrungsstiftungsbegriffe)*⁴⁴.

A partir del último cuarto del XVIII los revolucionarios euroamericanos avanzarían con paso decidido en esa ruta hacia un futuro rebosante de esperanzas, que parecía abrir perspectivas insólitas de perfeccionamiento, mejora y crecimiento indefinido⁴⁵. En el segundo tercio del siglo XIX la filosofía del progreso se había divulgado y vulgarizado tanto que encontramos por doquier declaraciones enfáticas que evidencian hasta qué punto la política progresista pivotaba sobre las expectativas: «*los deseos del Pueblo*», escribe cierto militar español de esa tendencia en 1838, «*son la profecía del porvenir*»⁴⁶. La política es la ciencia «que se ocupa del porvenir de los Estados», sostenía por su parte el líder del partido demócrata, marqués de Albaida, un cuarto de siglo más tarde⁴⁷.

Hay otras características de los nuevos conceptos y lenguajes políticos nacidos en aquellos tiempos de crisis sistémica que merecerían también nuestra atención —contestabilidad, abstracción, transvaluación, empleo masivo de nuevas metáforas...—, pero dejaré su análisis para mejor ocasión. Me detendré un poco más en el punto señalado, que se me antoja crucial, y hasta el momento no ha sido suficientemente resaltado. La voluntad sistemática de cambio conceptual de los revolucionarios es, en efecto, uno de los aspectos más chocantes de aquellos años. En el caso de las revoluciones hispánicas, se amontonan los testimonios y las denuncias por parte de los realistas y los amigos del orden antiguo contra la audacia que despliegan los «amigos de la libertad y de la independencia» para «gobernar el diccionario» y recrear un nuevo orden simbólico dándole la vuelta a los significados y valores tradicionales⁴⁸.

El nuevo régimen de conceptualidad que empieza a abrirse paso con las revoluciones se caracterizaría por dos rasgos correlativos:

1.º Por la conciencia emergente por parte de los agentes de la plasticidad, constructibilidad o «disponibilidad» de ciertos conceptos para aprehender y transformar la realidad, en este caso la realidad política.

2.º Por el nuevo, aunque todavía tímido, sentimiento de la historicidad y de la «lingüisticidad» del mundo.

Ambos cambios de actitud pueden considerarse como otras tantas características esenciales de eso que llamamos modernidad, y desde luego, no se impusieron de la noche a la mañana.

⁴⁴ *Ibid.*, págs. 221-222.

⁴⁵ El nuevo régimen de historicidad futurista tiene en la escatología de la Revolución francesa una de sus primeras y más acabadas formulaciones (Thomas Loué, «Du present au passé: le temps des historiens», *Temporalités*, 8 [2008], § 3).

⁴⁶ [Galli, Celestino], *El universo en marcha, o Ensayo filosófico-político sobre las leyes del progreso racional, por Un oficial del Ejército*, Lérida, Imprenta de B. Corominas, 1838, pág. 276. Cursiva en el original.

⁴⁷ José María Orense, *Treinta años de gobierno representativo en España* (1863), Santander, Servicio de Publicaciones Universidad de Cantabria, 2006, pág. 125.

⁴⁸ Fernández Sebastián, «La crisis de 1808 y el advenimiento de un nuevo lenguaje político. ¿Una revolución conceptual?», págs. 105-133; Fernández Sebastián, «Las revoluciones hispánicas. Conceptos, metáforas y mitos», págs. 147-166; «Guerra de palabras. Lengua y política en la Revolución de España», págs. 250-275.

En cuanto al segundo punto, Koselleck escribió páginas luminosas sobre la nueva experiencia del tiempo, y es bastante claro que no solo los filósofos, sino un amplio sector de las élites atlánticas fueron cayendo en la cuenta desde finales del siglo XVIII de que los lenguajes, conceptos y discursos, por cambiantes y efímeros que fueran, tenían una capacidad asombrosa, casi demiúrgica, para moldear el mundo (las invocaciones entusiastas a la «magia de las palabras» empiezan a hacerse tópicos por entonces). Sobre la base de esa maleabilidad, se fue haciendo patente gradualmente el primer rasgo reseñado, esto es, la confianza prometeica en la aptitud del ser humano para forjar intencionadamente conceptos o hacer que los estados de cosas se conformaran con ciertos patrones discursiva y conceptualmente prediseñados⁴⁹. Tal creencia en la planificación de la vida política, como es sabido, fue ya fuertemente contestada y criticada en su día por liberales conservadores como Burke o Tocqueville, y lo ha seguido siendo hasta nuestros días.

A manera de ilustración, mencionaré un ejemplo del avance de esa nueva mentalidad entre los liberales. La tesis doctoral de Luis Fernández Torres sobre el concepto de partido en la España del siglo XIX muestra que a mediados de siglo se desató una polémica muy significativa en torno a la disponibilidad del concepto de partido, esto es, a «su creación como fruto de la voluntad humana». Luis Fernández ha mostrado que la posibilidad de pensar la *fundación* de un partido como un acto voluntario de un grupo de individuos se fue abriendo paso como consecuencia de las nuevas prácticas políticas. «Imaginar a los partidos como entidades susceptibles de ser creadas por un grupo de hombres con plena conciencia de ello» —se refiere concretamente a la Unión Liberal, en 1854— no fue fácil, y esta mera posibilidad desató una reveladora polémica, en la que muchos seguían sosteniendo que el surgimiento de un partido solo podía ser un fenómeno «natural», espontáneo e indeliberado, fruto de las divisiones y enfrentamientos ideológicos originados por la historia misma⁵⁰.

4. SOBRE LA CRECIENTE CONCIENCIA DE HISTORICIDAD EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO.

LA SEMÁNTICA HISTÓRICA, PRODUCTO DE ESTE PROCESO

La agudización de la sensibilidad histórica que caracteriza a los tiempos modernos ha conducido a una historización progresiva del mundo. Ha podido decirse que en la Edad Media los hombres «no tenían pasado», en el sentido de que pensaban el tiempo anterior a ellos no como un tiempo diferente, sino como una prolongación hacia atrás de su propia época⁵¹. A lo largo de la Edad Moderna se observa un gradual despertar

⁴⁹ «Desde que el sol está en el firmamento y los planetas giran en torno a él, no se había visto que el hombre se apoyase sobre su cabeza y edificase la realidad conforme al pensamiento» (Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, José Gaos [trad.], Madrid, Alianza, 1974, pág. 692). «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo» (Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, 1845, XI). A dos siglos de distancia, véase la siguiente réplica, irónica y perifrástica, a la tesis marxiana: «El filósofo de la historia se ha limitado a transformar el mundo de diversas maneras: ahora conviene cuidarlo» (Marquard, *Las dificultades con la filosofía de la historia*, pág. 19).

⁵⁰ Luis Fernández Torres, *El concepto de partido: Su evolución semántica (1780-1868)*, Tesis Doctoral, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2011, págs. 398 y sigs. y 428-429.

⁵¹ David Lowenthal, *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998, pág. 337.

de la conciencia histórica, entendida en una primera instancia como la percepción creciente de la existencia de diferencias sustanciales entre unas épocas y otras. Esta conciencia incipiente, desarrollada sobre todo con el romanticismo, no impidió sin embargo las visiones cerradamente teleológicas y la deformación sistemática del ayer al servicio de fines políticos: bien avanzado el siglo xx, la llamada historia *whig* seguía viendo el pasado como un largo prólogo que conducía derechamente a un presente de libertades y constitucionalismo. Algunos conocidos trabajos de los fundadores de la escuela de los *Annales*, o las posteriores críticas a la versión *whig* de la historia inglesa⁵², dejan ver claramente la dificultad de preservar la distancia epistemológica entre el historiador y su objeto de estudio, así como la necesidad de emancipar a la historia de las servidumbres de la política.

Por lo que respecta a la conciencia específicamente histórico-conceptual, entendida como la capacidad para pensar radicalmente las diferencias y discontinuidades entre las respectivas maneras de aprehender el mundo de unas épocas y otras, aunque sus primeros atisbos datan de hace dos o tres siglos, se trata de un proceso en marcha que dista mucho de haber llegado a su término. Este segundo nivel, más profundo, de conciencia histórica de la alteridad —sensible no ya al cambio político y social, sino al cambio semántico— ha avanzado considerablemente en las últimas décadas paralelamente a ciertos desarrollos de la hermenéutica y de la filosofía del lenguaje. Gibbon todavía creía que en lo sustancial no había diferencia alguna entre los romanos del siglo i y los ingleses del xviii, de manera que, en su opinión, Tito Livio y él hablaban «el mismo lenguaje»⁵³. Aproximadamente por entonces comenzaba a surgir la intuición titubeante de que no solo los hechos del pasado eran distintos de los del presente, sino también las ideas, pensamientos y valores, de modo que los obstáculos para la comprensión del pasado eran también de tipo cognitivo y axiológico.

Cuando se considera a Hegel el primer filósofo-historiador de los conceptos, es evidente que tal afirmación se hace en un sentido muy diferente al que la expresión *Begriffsgeschichte*, que al parecer él fue el primero en usar, llegaría a tomar en el siglo xx. Seguramente lo que se quiere indicar es simplemente que Hegel fue el primero en enfatizar, más allá de las visiones racionalistas o empiristas, la importancia del cambio conceptual en la historia⁵⁴. Y, por supuesto, aunque está muy lejos de mi intención ofrecer aquí un relato pormenorizado de todos los «precedentes» y líneas de pensamiento que confluyen en la historia conceptual, conviene aclarar que la idea de que los significados de las palabras cambian con el tiempo, una idea que puede rastrearse en multitud de autores desde la Antigüedad, no equivale ni mucho menos a la conciencia de la historicidad constitutiva de los conceptos, y sobre todo a la certeza de que los cambios conceptuales moldean la realidad que nos rodea y, por ende, nuestra actuación sobre ella⁵⁵.

⁵² Herbert Butterfield, *The Whig Interpretation of History* (1.ª ed., 1931), Londres, Penguin Books, 1973.

⁵³ Lowenthal, *El pasado es un país extraño*, pág. 338.

⁵⁴ Paul Thagard, *Conceptual revolutions*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1992, cap. 2; Raymond G. McInnis, «The Lexicology of Scholarly Concepts», en Pam M. Baxter (ed.), *Social Science Reference Services*, Binghamton, NY, Haworth Press, 1995, págs. 35-36; Olsen, *History in the Plural*, pág. 169. Véase también Charles Taylor, *Hegel*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975, cap. 12, y Alasdair MacIntyre, *Historia de la ética*, Barcelona, Paidós, 1981, cap. 15, págs. 194 y sigs.

⁵⁵ Thagard, *Conceptual revolutions*, cap. 1. Puesto que «poseer un concepto implica comportarse o ser capaz de comportarse de determinadas maneras en determinadas circunstancias, alterar conceptos, sea mo-

Así, cuando Marx, sobre los pasos de Hegel pero desde una filosofía materialista, sugiere que las categorías económicas son entidades efímeras, puesto que no son sino «las abstracciones de las relaciones sociales de producción», se inscribe en la línea de aquellos que consideran que la historicidad y la artificialidad son dos características inherentes a los conceptos sociales y políticos⁵⁶.

Que la conciencia de la inestabilidad constitutiva de los conceptos no es de ahora lo atestiguan multitud de autores durante los dos últimos siglos. Su ineludible historicidad —bajo la forma de contingencia, refutabilidad y caducidad— empezó ya a preocupar seriamente a algunos observadores de la época de las revoluciones, y desde entonces está presente en las distintas culturas políticas y académicas de Europa y América. Incluso aquellas nociones jurídico-políticas que solemos imaginar como más firmes, universales e indiscutibles —los derechos humanos, por ejemplo— se nos han revelado irremediabilmente históricas. Lynn Hunt nos mostraba no hace mucho en un bello libro cómo los derechos humanos fueron inventados hasta llegar a parecer «evidentes» a amplios sectores de las élites euroamericanas de finales del siglo XVIII. Pero ya a mediados del siglo XIX Ernest Renan escribía que «el espíritu humano ha pasado de lo absoluto a lo histórico, y contempla [ahora] todas las cosas [derechos incluidos] bajo la categoría del devenir»⁵⁷.

El análisis histórico cuidadoso del discurso de determinados sectores de las élites permitiría escribir una historia del desarrollo paulatino de esa conciencia histórico-conceptual. Citaré a continuación algunos ejemplos extraídos de nuestra historia político-intelectual más cercana en los que se detecta una conciencia creciente del cambio conceptual y una preocupación por evitar anacronismos y presentismos (preocupación que ya se observa, por cierto, en diversos escritos de Jovellanos o de Martínez Marina, aunque eso no evite que ellos mismos incurran en tales anacronismos)⁵⁸. En cierto discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia en 1858, observa Martínez

dificando los existentes, creando nuevos o destruyendo los viejos, es alterar la conducta» (MacIntyre, *Historia de la ética*, pág. 12).

⁵⁶ «Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales conforme a su productividad material, producen también los principios, las ideas, las categorías, conforme a sus relaciones sociales. Así, estas ideas, estas categorías son asimismo tan poco eternas como las relaciones que expresan. Son productos históricos y transitorios» (Karl Marx, *Misère de la philosophie*, ed. J. L. Peter, París, 1964, págs. 414-415; cit. Antonio Elorza, *La ideología liberal en la Ilustración española*, Madrid, Tecnos, 1970, pág. 14).

⁵⁷ Lynn Hunt, *Inventing Human Rights. A History*, Nueva York y Londres, W. W. Norton & Co., 2007 (*La invención de los derechos humanos*, Barcelona, Tusquets, 2009). «Ceux qui envisagent les droits, aussi bien que le reste, comme étant toujours les mêmes d'une manière absolue, ont des anathèmes contre les faits les plus nécessaires de l'histoire. Mais cette manière de voir a vieilli; l'esprit humain a passé de l'absolu à l'historique; il envisage désormais toute chose sous la catégorie du devenir; les droits se font comme toute chose» (Ernest Renan, *L'avenir de la science* [1848-1849], París, Calmann-Lévy, 1910, pág. 380). Friedrich Albert Lange hablaba en 1866 metafóricamente de la «gran cadena del devenir» (Friedrich Albert Lange, *Geschichte des Materialismus*, 1964 [publicado por primera vez en 1866], pág. 756, cit. en Christian Strub, «Band, Kette», en Ralf Konersmann [ed.], *Wörterbuch der philosophischen Metaphern*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2007, págs. 23-34). Dos décadas después, Nietzsche escribía su famosa sentencia —tan certera como crucial para la semántica histórica— de que «solo puede ser definido lo que no tiene historia» (*Genealogía de la Moral*, 1887).

⁵⁸ Francisco Martínez Marina, *Teoría de las Cortes o Grandes Juntas Nacionales de los reinos de León y Castilla. Monumentos de su Constitución política y de la soberanía del pueblo con algunas observaciones sobre la ley fundamental de la monarquía española sancionada por las Cortes Generales y Extraordinarias, y promulgada en Cádiz a 19 de Marzo de 1812*, Madrid, Imprenta de D. Fermín Villalpando, 1813, t. I, pág. 65.

de la Rosa —este será nuestro primer ejemplo— que «si no se quiere dar margen a gravísimos inconvenientes, [es necesario] considerar los hechos pasados con relación a su tiempo y a sus circunstancias, y no cometer una especie de *anacronismo* juzgándolos con nuestras preocupaciones»⁵⁹.

Poco después, Antonio Alcalá Galiano publicó en una revista española un ensayo sobre la escritura de la historia. Galiano reflexiona en esas páginas sobre la «mudanza en los pensamientos» entre unas épocas y otras, y advierte de que cuando se traen documentos «de las edades pasadas a la vista del presente», es preciso que «la interpretación hecha de los actos y los dichos humanos [se haga] con arreglo a lo que se pensaba y sentía en la época cuyas cosas se cuentan, en vez de fundar el juicio conforme a ideas, doctrinas y acciones de épocas posteriores y, sobre todo, de la que el historiador vive y ha formado su criterio del presente»⁶⁰.

Nuestro tercer ejemplo, de corte más político, constituye asimismo una muestra reveladora de cómo en el siglo xx esa conciencia se había agudizado no solo con respecto al pasado, sino que podía proyectarse igualmente hacia el futuro. Recién concluida la guerra civil, Manuel Azaña escribió las siguientes palabras en una nota preliminar a *La velada de Benicarló*: «En tiempos venideros, variados los nombres de las cosas, esquilados muchos conceptos, los españoles comprenderán mal por qué sus antepasados se han combatido entre sí más de dos años»⁶¹.

En cualquier caso, el surgimiento de la semántica histórica y de la moderna historia conceptual es cosa del siglo xx. Sus comienzos están directamente conectados a la crisis del historicismo en el período de entreguerras. Solo entonces, de la mano de un conjunto de autores entre los que, a los efectos de este texto, destacaremos los nombres de Gadamer y Koselleck, se produjo la historización del historicismo, su radicalización y neutralización en lo que tenía de posición autosuficiente y, paradójicamente, ahistórica⁶². Esta nueva perspectiva de un historicismo consecuente permitió pasar de una visión objetivista y representacionista de la historia a una aproximación hermenéutica, que, al tener en cuenta la historicidad del propio investigador, y no simplemente —como antes sucedía— la de los agentes del pasado, hizo de la historia un saber más reflexivo, auténticamente *histórico*.

La historización de los historiadores propiciada por la hermenéutica y por diversas corrientes filosóficas contemporáneas tiene su correlato en otras áreas del conocimiento⁶³. «Humans are always already situated. This is why we have to reject a “view

⁵⁹ Francisco Martínez de la Rosa, «Contestación al discurso de Salustiano de Olózaga», *Discursos leídos en las Sesiones públicas que para dar posesión de plazas de número ha celebrado desde 1852 la Real Academia de la Historia*, Madrid, imprenta de los señores Matute y Compagni, 1858, págs. 145-153, 146-147. Agradezco a Ana Isabel González Manso por haberme hecho notar el interés de este texto.

⁶⁰ Raquel Sánchez García, *Alcalá Galiano y el liberalismo español*, Madrid, CEPC, 2005, págs. 399-403 y 408. La cita procede del artículo de Galiano «De la historia y del modo de escribirla», en *La América*, VI, 24-VII-1862, pág. 9 (ibíd., págs. 402-403).

⁶¹ Manuel Azaña, *La velada de Benicarló. Diálogo de la guerra de España*, Valencia, Castalia, 1974, págs. 55-56.

⁶² Olsen, *History in the Plural*, págs. 61, 182-183, 212, 217-218, 240 y *passim*. Elías Palti, «Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad», *Ayer*, núm. 53 (2004), pág. 71.

⁶³ Sobre la reciente historización de las ciencias, del conocimiento y de la propia epistemología véanse Hans-Jörg Rheinberger, *On Historicizing Epistemology: An Essay*, Stanford, Stanford University Press, 2010. Hans Erich Bödeker, «*Begriffsgeschichte* as the History of Theory. The History of Theory as *Begriffsgeschichte*: An Essay», en Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time*, págs. 19-44.

from nowhere”»⁶⁴. Como ya vio Chladenius a mediados del siglo XVIII, la historia es inevitablemente perspectivista, puesto que cualquier conocimiento histórico esta condicionado por la situación en la que surge⁶⁵. El conocimiento —histórico o de cualquier otro tipo— depende de la experiencia histórica, que es siempre local, parcial y contingente.

El cambio de enfoque de lo intelectual a lo cultural, o si se quiere, de la ciencia como conocimiento abstracto a la ciencia como práctica concreta, está teniendo consecuencias también en otros terrenos. La pretendida universalidad y «soberanía epistémica» de la que los científicos se sienten investidos está siendo en parte cuestionada por los historiadores de la ciencia. En sus estudios más recientes, en lugar de la gran narrativa habitual del avance triunfal de los grandes principios de una ciencia homogénea y ubicua, encontramos cada vez más —profundizando en una línea abierta por T. Kuhn en su famoso libro publicado hace medio siglo (véase *supra*, nota 28)— formas datadas y localizadas de conocimiento tentativo y fragmentario, con prácticas y reglas de validez diferenciadas de unos a otros contextos, prácticas y reglas de las que poco a poco irían surgiendo los nuevos conceptos.

Para el historiador ha dejado de ser posible —si es que alguna vez lo fue— postular la existencia de un punto arquimédico u «ojo de Dios» fuera de la historia, desde el cual observar el pasado y establecer de una vez y para siempre «la verdad de los hechos», esto es, la interpretación correcta de lo sucedido. Después de Heidegger, Gadamer y Ricoeur es impensable entender la historia como un medio externo al historiador, puesto que él mismo *es* y *está* en la historia. De ahí que sea necesario reforzar la auto-reflexividad de las ciencias sociales, lo que en nuestro caso implica la historización de las herramientas y categorías analíticas que manejamos⁶⁶. Por ejemplo, el

⁶⁴ Thomas Nagel, *The View from Nowhere*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.

⁶⁵ Koselleck, *Futuro pasado*, págs. 181-183. «El surgimiento del relativismo histórico», observa Koselleck, «es idéntico al descubrimiento del mundo histórico» (ibid., pág. 175).

⁶⁶ Bruno Latour, *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 (ed. orig.: *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*, París, La Découverte, 1991), págs. 141 y 169. Algunos años antes, Pocock había recomendado algo parecido: el análisis del vocabulario profesional del historiador debería constituir el principal objetivo de la crítica histórica. (cit. por Olivier Christin en la Introducción a su *Dictionnaire des concepts nomades en sciences humaines*, París, Métailié, 2010, págs. 11-12). «La clasificación de acontecimientos dentro de unas categorías exige la historización previa de esas categorías» (Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, Fragua, 1972, pág. 177). «Paradójicamente, los historiadores no lo son bastante cuando tratan de pensar los instrumentos con los que piensan la historia. Siempre deben tomarse los conceptos de la historia (o de la sociología) con pinzas históricas» (Burdieu, cit. por Antoine Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2001 [ed. orig.: París, Seuil, 1996], pág. 150). «Toda explicación de las conductas y procesos sociales requiere un análisis minucioso del proceso de formación histórica de los propios conceptos» (Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001, pág. 180). Como consecuencia de la crisis de la modernidad, «the historical formation of concepts not only becomes a primordial subject of inquiry, but, even more importantly, it constitutes the very foundation of social theory» (Cabrera, *Postsocial History*, págs. xvi-xvii). Javier Fernández Sebastián, «Concepts voyageurs et douanes intellectuelles. Historiciser le vocabulaire des sciences sociales», *La Vie des idées*, 9 de diciembre de 2011. URL: <http://www.laviedesidees.fr/Concepts-voyageurs-et-douanes.html>. Recientemente parece haberse iniciado por fin un proyecto europeo de historia conceptual comparada que en los próximos años podría dar origen a una colección de libros resultado del esfuerzo coordinado de investigadores pertenecientes a diversas tradiciones académicas: «European Conceptual History Project. Mission Statement», reproducido como apéndice en Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time*, págs. 435-442 (versión en español en la revista electrónica *Historia Constitucional*, núm. 12 [2011], págs. 499-504, disponible en <http://www.historiaconstitucional.com/index.php/historiaconstitucional/article/view/315>).

análisis histórico de la emergencia del concepto de sociedad y de «lo social» en el siglo XVIII supone inevitablemente un desafío para el historiador ingenuamente objetivista (que ni siquiera es consciente de su presentismo), acostumbrado a pensar en las «sociedades» anteriores en términos más o menos asimilables a las de los siglos XIX y XX, como si los fenómenos colectivos —conceptualizados como «hechos sociales»— fueran realidades brutas, independientes del modo de conceptualizarlos. En lugar de dar por supuesta la existencia de ciertas nociones casi axiomáticas que a veces se toman por datos *a priori* de la investigación —individuo, sociedad, historia...—, la historiografía moderna y contemporánea debiera esforzarse por arrojar luz sobre los complejos procesos en virtud de los cuales se formaron tales conceptos, y la manera en que llegaron a adquirir ese estatuto de cuasi-evidencia que llegó a imponerse en el siglo XX (hasta el punto de que hoy es difícil imaginar mundos pretéritos carentes de esas macrocategorías que abrieron escenarios anteriormente insospechados para la acción humana).

5. DESENCANTO DE LA MODERNIDAD Y «DESCUBRIMIENTO» DE LA ÉPOCA UMBRAL (*SATTELZEIT*)

A partir de estas consideraciones, los nuevos desarrollos de la historia conceptual arrojan una mirada fresca sobre el cambio como una cualidad en devenir, perpetuamente abierta a nuevas reevaluaciones y perspectivas. Así como Goethe observó que el cambio de las opiniones a lo largo del tiempo obligaba a revisar y reescribir periódicamente la historia incluso aunque no se hubieran hallado nuevas fuentes⁶⁷, empezamos a entender ahora que, también en el terreno semántico, la novedad se produce y se reproduce una y otra vez al variar el punto de vista y las pautas de comprensión con el paso del tiempo. En consecuencia, la escritura de la historia —historia de conceptos incluida— es una tarea inacabable, que nunca puede darse por concluida.

La crisis de la creencia en el progreso, agravada tras las guerras mundiales del siglo XX, empujó a algunos intelectuales a tomar distancia con respecto a las filosofías de la historia ilustradas. Esa mirada en parte escéptica y desencantada sobre la modernidad —presente ya en no pocos pensadores de entreguerras, y todavía más en muchas producciones teóricas de la segunda posguerra, incluyendo la hermenéutica gadameriana— está sin duda en el origen de la historia conceptual de Koselleck. Hablamos de un estilo de pensamiento de tono indudablemente conservador, marcado por la desconfianza hacia un mundo moderno que, a sus ojos, desde la Ilustración y la Revolución francesa hasta los totalitarismos del siglo XX, habría sacado de quicio los marcos tradicionales de interpretación del mundo y desencadenado una avalancha de males y grandes catástrofes sobre la humanidad⁶⁸.

⁶⁷ Determinados textos de Chladenius, Semler o Goethe dan testimonio del surgimiento de la conciencia «de que la referencia a una posición es constitutiva del conocimiento histórico (...). Con la temporalización de esta historia escindida perspectivísticamente, se hizo exigible reflexionar sobre la propia posición» (Koselleck, *Futuro pasado*, pág. 191).

⁶⁸ Faustino Oncina, «Historia conceptual, Histórica y modernidad velocífera: diagnóstico y pronóstico de Reinhart Koselleck», *Isegoría*, 29 (2003), págs. 225-237; del mismo autor, «La modernidad velocífera y el conjuro de la secularización», Introducción a Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003, págs. 11-33. La disertación doctoral de Koselleck *Kritik und Krise*

Ahora bien, todo parece indicar que fue precisamente ese distanciamiento con respecto a la modernidad lo que permitió a Koselleck «descubrir» el *Sattelzeit*. De hecho, el «descubrimiento» —o «invención»— del *Sattelzeit* como época umbral o período de transición hacia la modernidad supuso en cierto modo en sí mismo otro salto de época o *Schwellenzeit* tal vez más trascendente, al menos en el plano cognitivo, en la medida en que constituye otra vuelta de tuerca en la reflexividad de las ciencias históricas. Si es importante entender que hace dos o tres siglos gran parte de Occidente⁶⁹ vivió un proceso de transformaciones semánticas aceleradas del que surgieron muchos de los conceptos políticos y sociales con los que los europeos y los americanos hemos venido interpretando el mundo desde entonces —incluyendo conceptos tan cruciales como sociedad, Estado, historia, progreso, constitución o liberalismo—, a mi modo de ver no es menos importante observar que hace cuatro o cinco décadas un grupo de historiadores encabezados por Reinhart Koselleck fueron capaces de detectar e identificar con claridad que esa gran transformación semántica y cultural —con la proliferación de singulares colectivos que la acompañó, y los cuatro famosos teoremas que explican las principales transformaciones conceptuales que, en conjunto, pueden entenderse como un cambio casi completo del imaginario social⁷⁰— se había producido básicamente entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX. Ese «descubrimiento» implicaba una visión muy distinta de la modernidad temprana, y supuso una profundización sustancial en la conciencia de historicidad.

Si los occidentales tardaron casi dos siglos en llegar a ser plenamente conscientes de esa discontinuidad radical, que solo se hizo visible a mediados del siglo XX gracias al trabajo de Koselleck y sus colegas, ahora empezamos a entrever como observadores de segundo orden que una de las razones que por mucho tiempo dificultó ese descubrimiento fue la inveterada tendencia de los historiadores y científicos sociales a naturalizar los nuevos conceptos, al proyectarlos hacia atrás (como he tratado de explicar más arriba) atribuyéndoles una larga prosapia o «genealogía». Una práctica investigadora que dio pie a no pocos espejismos historiográficos. La historia tradicional de las ideas —también en cierto modo la metodología de los «tipos ideales»— maquilló y escamoteó de tal manera el pasado, imponiéndole rígidos y extemporáneos corsés de lectura, que interpuso una espesa «cortina epistemológica» difícil de descorrer para los observadores empeñados en exhumar aquellos mundos desvanecidos y represen-

(1954) hay que inscribirla en el contexto del debate posterior a la Segunda Guerra Mundial sobre los errores y extravíos que habrían conducido a los horrores del nazismo y el estalinismo. Obras muy conocidas de Max Horkheimer y Theodor Adorno (*Dialektik der Aufklärung*, 1944), Karl Popper (*The Open Society and its Enemies*, 1945), Friedrich Meinecke (*Die deutsche Katastrophe*, 1946), Gerhard Ritter (*Europa und die deutsche Frage*, 1948), Hannah Arendt (*The Origins of Totalitarianism*, 1951), Georg Lukács (*Die Zerstörung der Vernunft*, 1954) y J. L. Talmon (*The Origins of Totalitarian Democracy*, 1960), entre otras, formarían parte de esa amplia literatura sobre las raíces del totalitarismo (Olsen, *History in the Plural*, págs. 43 y sigs.).

⁶⁹ Estoy convencido, aunque sé que se trata de una cuestión muy controvertida, que esa noción de gran revolución cultural o umbral conceptual que implica el *Sattelzeit* podría ser de aplicación, con los debidos matices y salvedades cronológicas, a buena parte del Occidente euroamericano, y no solo al mundo germanohablante. Diversas críticas a la noción de *Sattelzeit* o *Schwellenzeit*, en varios de los trabajos reunidos en Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time*, así como en el artículo citado más arriba de Elías Palti, «Koselleck y la idea de *Sattelzeit*».

⁷⁰ Koselleck, «Einleitung»; versión española: Fernández Torres, «Un texto fundacional de Reinhart Koselleck».

tarlos de un modo adecuado para que pudieran ser comprendidos por sus contemporáneos.

Aunque los historiadores de las revoluciones, por supuesto, no dejaron de señalar importantes rupturas en diversos terrenos, las vías metodológicas mencionadas hicieron que resultase casi imposible detectar algunas quiebras y discontinuidades mayores en el dominio intelectual y en la conciencia de los actores. Es mérito de Koselleck y su equipo haber sabido alejarse de los caminos trillados para, desde la distancia, observar las filosofías de la historia como un fenómeno epocal, y aplicar consecuentemente esos criterios de «irretroactividad conceptual» a que nos hemos referido en un apartado anterior⁷¹. Dicho de otro modo: solo cuando el sentido de historicidad del ser humano y su imaginación histórica alcanzan un cierto nivel de sofisticación, el sujeto pensante es capaz de percatarse de (o conjeturar) la existencia de diferentes temporalidades; es entonces y no antes cuando cristaliza un «régimen de historicidad» que hace posible que surja una historia de conceptos y una semántica de los tiempos históricos (semántica que, por otra parte, posibilita pensar de un modo mucho más complejo e integral un modelo de cambio en el que ruptura y continuidad coexisten sin resultar mutuamente excluyentes).

Ese descubrimiento, apoyado en una serie de aportaciones anteriores —entre ellas la obra fundamental de Gadamer *Wahrheit und Methode* (1960), que sentó las bases de la moderna hermenéutica—, constituye de hecho un cambio mayor en la «cultura histórica» occidental. Un cambio que implica un alejamiento decisivo con respecto a las perspectivas cientifistas, objetivistas o «representacionalistas» que la mayoría de los historiadores y del resto de las gentes asumían corrientemente para mirar y representarse el pasado, perspectivas que hoy se nos antojan simplificadoras e insuficientes⁷².

La semántica histórica incorpora a nuestra caja de herramientas cognitivas algunos instrumentos adecuados para superar ese espontáneo y romo objetivismo⁷³. Al añadir una dimensión lingüístico-temporal a la visión plana del representacionalismo neopositivista es posible pensar no solo que hay horizontes de sentido cambiantes (y, en ocasiones, inconmensurables) entre diferentes épocas y culturas, sino también constatar que las prácticas colectivas referentes a los usos e interpretaciones del pasado varían considerablemente en el espacio y en el tiempo.

⁷¹ Antes de ese gran cambio en el imaginario social (y en la temporalidad interna de los conceptos) al que llamamos *Sattelzeit*, muchas de las nociones políticas y sociales fundamentales que constituyen nuestras «lentes conceptuales» sencillamente no existían, no estaban todavía disponibles. Sin embargo, la imaginación histórica, debidamente ilustrada por los estudios semánticos, nos permite desprendernos parcialmente de esas lentes modernas y asomarnos a ese otro mundo («pre-moderno») dotado de su conceptualidad particular y de su propia legitimidad. Un mundo ciertamente distinto pero que conviene interpretar —hasta donde tal cosa es posible— en sus propios términos, y no como una especie de «modernidad imperfecta» o incompleta, a la espera de que llegase el hombre moderno y desvelase por fin «la verdad» de las cosas.

⁷² Como es sabido, el rechazo de la estéril división entre mente y objeto, lenguaje y mundo, está detrás de la obra de autores como Rorty (*Philosophy and the Mirror of Nature*, 1979; versión española: *La filosofía en el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1983) y de Ankersmit, entre otros. Véase últimamente Frank R. Ankersmit, *Meaning, Truth and Reference in Historical Representation*, Ithaca, Cornell University Press, 2012.

⁷³ Sobre la historia del concepto de objetividad véase el libro de Lorraine Daston y Peter Galison, *Objectivity*, Boston, Zone Books/MIT Press, 2007.

Conviene resaltar asimismo las ventajas de la perspectiva histórico-conceptual para el fomento de la interdisciplinariedad⁷⁴ y de los estudios comparativos⁷⁵, pero dejaremos estas cuestiones para otra ocasión, porque este texto se alarga ya demasiado.

Esta visión histórica más compleja nos permite comprender, por ejemplo, que cuando Weber planteó como «premisa trascendental de cualquier ciencia de la cultura» que «nosotros somos seres civilizados, dotados de la capacidad y la voluntad de tomar una actitud consciente frente al mundo y conferirle sentido»⁷⁶ expresó una voluntad de universalización de una epistemología exclusivamente moderna que en su momento pudo parecer plausible pero que, cien años después, en el mundo globalizado y multicultural de nuestros días, resulta altamente problemática. De hecho, aceptar esa «premisa trascendental» weberiana supone en la práctica proyectar en todas direcciones, en el espacio y en el tiempo, esa capacidad de «conferir sentido al mundo» atribuida al ser humano que parece más bien un rasgo peculiar de ciertas épocas y de ciertas sociedades (en este caso, de los individuos occidentales cultos de los dos o tres últimos siglos). En este sentido, algunas críticas a la visión occidental del mundo histórico que se hacen desde culturas no occidentales pueden ser de aplicación *mutatis mutandis* a la manera arrogantemente presentista desde la que generalmente se aborda el estudio de la Europa anterior al siglo XVIII. Al fin y al cabo, intentar entender históricamente a los europeos de la Edad Media no es una empresa tan distinta de la de esforzarse en comprender ciertas culturas extraeuropeas (no solo de épocas pasadas, sino también de nuestro tiempo). Puesto que obviamente los occidentales no somos los únicos que nos interesamos por el pasado, los únicos que creamos conceptos, ni los únicos que nos preocupamos por adquirir conocimientos sobre el mundo, la perspectiva de la semántica histórica nos invita al comparatismo y al acercamiento crítico a otras temporalidades, a otras epistemologías y a otras conceptualidades⁷⁷.

⁷⁴ Irmeline Veit-Brause, «The Interdisciplinarity of History of Concepts. A Bridge between Disciplines». *History of Concepts Newsletter*, 6 (2003), págs. 8-13. De hecho, la puesta en marcha del proyecto del *Geschichtliche Grundbegriffe* en la Universidad de Bielefeld fue seguida poco después por la creación en 1968 del ZIF (*Zentrum für Interdisziplinäre Forschung*, Centro para la Investigación Interdisciplinar). Uno de los principales objetivos que buscaba su fundador, Helmut Schelsky, era precisamente hacer más permeables las fronteras entre las disciplinas (Peter Weingart [ed.], *Grenzüberschreitungen in der Wissenschaft. Crossing Boundaries in Science*, Baden-Baden, Nomos, 1995, pág. 7). Véase una propuesta concreta de historia conceptual interdisciplinar en la que juega un papel fundamental la metaforología en Ernst Müller, «Introduction: Interdisciplinary Concepts and their Political Significance», *Contributions to the History of Concepts*, 6/2 (2011), págs. 42-52.

⁷⁵ João Paulo Garrido Pimenta, «História dos conceitos e história comparada: elementos para um debate», *Almanack Braziliense*, 7 (2007), págs. 56-60.

⁷⁶ Max Weber, «'Objektivität' sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis» [1904], *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübinga, J. C. B. Mohr, 1968, págs. 146-214; cito por la versión española de M. Faber-Kaiser: *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Barcelona, Península, 1971, pág. 48. Esa «premisa trascendental» a un autor como Sanjay Seth le merece la calificación de «narcisismo trascendental», puesto que la mayoría de la humanidad durante siglos no ha asumido en absoluto tal supuesto, típicamente occidental e ilustrado, sino que más bien ha atribuido el sentido del mundo a algún tipo de poder sobrenatural creador y organizador de un orden cósmico en el que el ser humano ocupaba su lugar, un lugar en todo caso subordinado a la divinidad e inserto armónicamente en la totalidad (Sanjay Seth, *Subject Lessons. The Western Education of Colonial India*, Durham y Londres, Duke University, 2007, págs. 94 y 103-104).

⁷⁷ «As Dipesh Chakrabarty famously put it, 'insofar as the academic discourse of history is concerned, Europe remains the sovereign theoretical subject of all histories, including the ones we call Indian, Chinese,

Así, con independencia de que estos últimos desarrollos de la semántica histórica puedan ser alternativamente entendidos como parte de la «modernidad reflexiva» tardía o como síntoma inequívoco de la posmodernidad, lo cierto es que desde la perspectiva de la historia conceptual hoy es dable comprender que la filosofía de la historia de la Ilustración —construida en parte sobre la concepción agustiniana del tiempo y que, como he tratado de argumentar, es uno de los prerequisites de la propia historia conceptual— y sus secuelas decimonónicas (idealismo, positivismo, marxismo, evolucionismo) no constituyen ni mucho menos el único cronotopo concebible. La irónica conciencia de historicidad de nuestro tiempo —escarmentada por las traumáticas experiencias del siglo xx en pos de ciertos ideales utópicos— no tolera ya fácilmente planteamientos neohegelianos, ya sea en sus versiones conservadoras, a la manera de las celebraciones de Fukuyama del supuesto triunfo del liberalismo democrático y el fin de la historia, ni tampoco progresistas, al estilo de las teóricamente mucho más sofisticadas apuestas habermasianas por acelerar el «gran convoy» de la emancipación humana⁷⁸.

Así desdoblada y pluralizada como semántica de las temporalidades históricas, dicha conciencia de historicidad abre la posibilidad de superarse a sí misma. Al tomar distancia de algunos de los supuestos de que se nutre, desvela el carácter contingente de sus orígenes y arroja una sospecha sobre su más que probable transitoriedad y finitud: no en vano se apoya sobre un concepto de historia relativamente reciente y previsiblemente pasajero. «Desnaturalizados» de ese modo los fundamentos de su propia disciplina, al historiador ya no se le oculta que la suya no es la única manera de aproximarse al pasado ni de pensar las relaciones entre pasado, presente y futuro⁷⁹.

Esta aproximación se ha beneficiado últimamente de las aportaciones de la metaforología de Hans Blumenberg. Un nuevo prisma interpretativo que ha abierto la puerta al debate acerca de algunas cuestiones teóricas asociadas a la «inconcepcionalidad». La insuficiencia crónica de instrumentos simbólicos para la comprensión «total» del mundo engendraría periódicamente la necesidad de reconfigurar las formaciones intelectuales mediante el recurso a grandes intuiciones analógicas o «metáforas explosi-

Kenyan, and so on. These histories are conceptualized in terms of 'lacks', 'failed transitions', and 'not yet's» (Natalie Zemon Davis, «What is Universal about History?», en Gunilla Budde, Sebastian Conrad y Oliver Janz [eds.], *Transnationale Geschichte. Themen, Tendenzen und Theorien*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006, págs. 15-16; Dipesh Chakrabarty, «Postcoloniality and the Artifice of History. Who Speaks for Indian Pasts?», en *Representations*, 37 [1992], págs. 1-26; del mismo autor, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000).

⁷⁸ No en vano, en las versiones vulgares de la filosofía de la historia «aquellos por cuya causa se quiere lograr la emancipación —los seres humanos— quedan cada vez más fuera de juego» (Marquard, *Las dificultades con la filosofía de la historia*, pág. 25). Sobre la metáfora marxiana de la revolución como «locomotora de la historia», véase Martin Malia, *History's Locomotives. Revolutions and the Making of the Modern World*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2006.

⁷⁹ Federico Navarrete Linares, «¿Dónde queda el pasado? Reflexiones sobre los cronotopos históricos», en *El historiador frente a la historia. El tiempo en Mesoamérica*, Virginia Guedea (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, págs. 29-52. En un ensayo citado anteriormente, este mismo autor somete a crítica «la inquebrantable convicción de los occidentales de estar localizados en el centro de la única historia, de ser los poseedores de la verdadera historicidad» (Navarrete Linares, «Diálogo con M. Bajtin sobre el cronotopo», pág. 10). Cabe pensar entonces que la moderna conciencia histórica occidental, lejos de ser la única legítima, pudiera entrar en diálogo con otras formas de conciencia histórica de distintas épocas y culturas.

vas» dotadas de gran capacidad de construcción semántica. Unas pocas «metáforas absolutas», en cuyo seno se irían incorporando poco a poco conceptos renovados, permitirían explicar la apertura de nuevas vías hacia el conocimiento, de tal manera que lo que antes no era ni siquiera pensable, de repente aparece como concebible y viable⁸⁰.

Ni que decir tiene que, primero, el llamado «giro lingüístico» y luego el «giro cultural» de la historiografía han contribuido decisivamente durante las últimas décadas a alimentar esta tendencia a la reflexividad de la historia, que no ha seguido una trayectoria única ni rectilínea. Los trabajos de algunos historiadores marxistas británicos bien conocidos —de Thompson y Hobsbawm a Stedman Jones y Benedict Anderson—, en especial su interés creciente por el estudio del lenguaje y la puesta en práctica de diversas formas de constructivismo epistemológico, son un claro testimonio de esa evolución, que puede apreciarse ya en los títulos de algunos libros tan celebrados de comienzos de los años 80 como *The Invention of Tradition* o *Imagined Communities*⁸¹.

Importantes cambios teóricos y metodológicos que pueden percibirse de un modo u otro en todas las ciencias humanas y sociales. De la antropología a la sociología, pasando por la historia de la ciencia, casi todas las disciplinas han tomado últimamente un «giro histórico» que pone el acento en aspectos tales como la construcción de los objetos de estudio, un tipo de asuntos que apenas tenían cabida, o quedaban manifiestamente fuera de foco, en el lenguaje realista-objetivista que imperaba en esas mismas ciencias hace no tanto tiempo⁸².

Desde esta perspectiva, los clásicos artículos programáticos de Q. Skinner y de R. Koselleck de finales de la década de los 60 del siglo pasado⁸³ podrían considerarse

⁸⁰ Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Trotta, 2003. Elías José Palti, «From Ideas to Concepts to Metaphors: The German Tradition of Intellectual History and the Complex Fabric of Language», en Fernández Sebastián (ed.), *Political Concepts and Time*, págs. 45-72. Cassirer observó hace tiempo que hay «metáforas radicales» que no se limitan a transferir significado de unas categorías a otras, sino que suponen la creación de la categoría misma (Ernst Cassirer, *Language and Myth*, Nueva York, Dover, 1946, págs. 47-48). Yo mismo he enfatizado la importancia del lenguaje metafórico en política y he tratado de estudiar el uso intensivo de metáforas en el Atlántico hispano durante la era de las revoluciones: Javier Fernández Sebastián, «Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual», en *Historia cultural de la política contemporánea*, Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, págs. 11-30; «Las revoluciones hispánicas. Conceptos, metáforas y mitos».

⁸¹ Eric J. Hobsbawm y Terence O. Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983 (versión en español: *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002). Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1983 (versión en español: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993). Gareth Stedman Jones, *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983 (versión en español: *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, Siglo XXI, 1989).

⁸² Véase, como botón de muestra: Geoff Cooper, «The Objects of Sociology. An Introduction», en Geoff Cooper, Andrew King, y Ruth Rettie (eds.), *Sociological Objects: Reconfigurations of Social Theory*, Aldershot, Ashgate, 2009, págs. 1-19.

⁸³ Reinhart Koselleck, «Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit», *Archiv für Begriffsgeschichte*, 11 (1967), págs. 81-99; Quentin Skinner, «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory*, VIII/1 (1969), págs. 1-53 (recogido y revisado en Quentin Skinner, *Visions of Politics*, vol. 1, *Regarding Method*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, págs. 57-89).

una manifestación específica de esta conciencia emergente en el terreno de la historia del pensamiento. Apoyándose en la hermenéutica y en la filosofía del lenguaje ordinario (Heidegger, Gadamer, Ricoeur, Wittgenstein, Austin, etc.), la nueva historia intelectual y conceptual de la segunda mitad del siglo xx y comienzos del siglo xxi podría entenderse como un nuevo giro que profundiza en ese formidable cambio cultural iniciado en la era de las revoluciones. Estaríamos ante una segunda fase reflexiva de esta revolución cultural, en la que algunos historiadores empiezan a detectar cambios no solo en algunos conceptos fundamentales, sino en los lenguajes y en los imaginarios sociales completos, e incluso en los modos de conceptualización/temporalización. La conciencia de la trascendencia del cambio conceptual ha llegado hace tiempo al mundo de las ciencias de la naturaleza. Un conocido biólogo de nuestro tiempo escribe, por ejemplo, que «nunca se dará la importancia debida a la idea de que los cambios conceptuales tienen mucha más incidencia en la ciencia que los nuevos descubrimientos»⁸⁴.

Así pues, la historia de conceptos, en el amplio sentido de esta expresión, puede ser vista como una (in)flexión del historicismo sobre sí mismo. El filósofo Javier Gomá Lanzón observaba recientemente que, hoy en día, una persona culta es aquella capaz de «sorprender la artificialidad del mundo, cultivar la conciencia histórica y crítica, y comprometerse en la continuidad de lo humano». Una persona consciente, en suma, prosigue Gomá de «que todo lo que soy, pienso y siento, y todo cuanto existe en la realidad, está históricamente mediado. Tener cultura no es saber mucha historia sino un negocio más sutil: tener conciencia histórica, lo que es una forma de autoconocimiento»⁸⁵.

6. REFLEXIONES FINALES

En este sentido, el cambio en la manera de entender los conceptos que se ha producido en los últimos años (y que incluye en lugar destacado su historización) forma «parte de un cambio más amplio en nuestra manera de entender la cognición, el conocimiento y la información»⁸⁶. Una nueva mirada que ve a los conceptos como construcciones sociales, pragmáticas y contingentes cuya función esencial es fijar provisionalmente determinados significados —o sea, vincular de un modo relativamente estable, aunque controvertido, ciertos objetos a ciertos símbolos— con el fin de manejar la realidades en que vivimos y hacer posible la comunicación⁸⁷. Desde ese punto de vista, los conceptos se sitúan entre el nivel lingüístico y el extralingüístico, entre experiencias y expectativas, entre el plano social y el uso individual. Pero, en último extremo, la visión hermenéutica insiste en que el lenguaje es una facultad característica del ser humano (que, como sabemos, es además constitutivamente histórico) y un

⁸⁴ Ernst Mayr, *This is Biology: The Science of the Living World*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1997, pág. 98.

⁸⁵ *El País*, 19 de febrero de 2011.

⁸⁶ Birger Hjørland, «Concept theory», *Journal of the American Society for Information Science and Technology*, 60/8 (2009), pág. 1520.

⁸⁷ Hjørland, «Concept theory», págs. 1521-1522.

fenómeno social, facultad y fenómeno irreductibles a cualquier otra dimensión de lo real⁸⁸.

En conjunto, la evolución reciente de las ciencias sociales —muy en especial el «giro histórico» que las ha afectado de lleno⁸⁹— conduce a la problematización de muchas «falsas evidencias» y a un aumento de la conciencia de la historicidad y la lingüisticidad del mundo. Esta historicidad se extiende también naturalmente a la formación y transformación de las distintas disciplinas, que dejan de verse como territorios exclusivos y estancos. En un alegato a favor de la transdisciplinariedad, leemos que

without attention to current disciplinary boundaries [...], to [think] historical[ly] is after all not an exclusive purview of persons called historians. It is an obligation for all social scientists. To [think] sociological[ly] is not the exclusive purview of persons called sociologists. (...) In short, we do not believe that there are monopolies of wisdom, nor zones of knowledge reserved to persons with particular university degree⁹⁰.

Hoy en cierta manera todos —y, desde luego, los científicos sociales— estamos acostumbrados a pensar históricamente y sociológicamente. Pues bien, sabemos que las dos categorías en que ese pensamiento se basa —historia y sociedad—, tal y como hoy las conocemos, surgieron hace poco más de doscientos años. Hasta hace dos siglos no había propiamente ni Historia ni Ciencias Sociales (en el sentido moderno). Y la proliferación terminológica y la explosión del uso del vocabulario asociado a estos dos términos —empezando por los adjetivos *histórico* y *social*— que se ha producido desde entonces son indicios muy reveladores de los cambios trascendentales en el paisaje intelectual, académico y epistemológico que venimos glosando.

El íntimo entrelazamiento entre ambos conceptos fundamentales —historia y sociedad— llegaría con el tiempo a hacerlos aparecer casi como inseparables: «La sociedad no es separable de la historia; su modo de existir es existir históricamente, y no solo en el sentido de estar en la historia, sino en el de ‘hacerse’ y constituirse en el propio movimiento histórico»⁹¹.

La coimplicación entre ambas nociones/categorías sobre las cuales pivotan en gran medida nuestros esquemas mentales es tan fuerte que nos resulta difícil imaginar cómo sería el paisaje intelectual en un mundo privado de ellas (o en el que se hubiera producido una importante transformación semántica en los contenidos de uno y otro concepto). Nuestra dependencia de esas pautas intelectivas casi nos impide plantearnos una hipótesis tan radical. ¿Cómo repensar las ciencias históricas y sociales sobre la base de una profunda revisión de las nociones de historia y de sociedad? O, dicho a la manera orteguiana, ¿cómo des-pensar nada menos que los conceptos de historia y de sociedad?

⁸⁸ Valdeí Lopes de Araujo, «História dos conceitos: Problemas e desafios para uma releitura da modernidade ibérica», *Almanack Braziliense*, 7 (2007), pág. 48.

⁸⁹ Antonio Ariño Villarroya, «Más allá de la sociología histórica», *Política y Sociedad*, 18 (1995), págs. 21-23.

⁹⁰ Immanuel Wallerstein y otros, *Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford, Stanford University Press, 1996, pág. 98.

⁹¹ Julián Mariñas, *La estructura social*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 23; cit. en Ariño Villarroya, «Más allá de la sociología histórica», pág. 21.

Sin embargo, diversos teóricos sociales, basándose en buenas razones, no dejan de apostar por el desplazamiento, o cuando menos una renovación sustancial, de ambos conceptos fundamentales. En efecto, la historización del concepto de sociedad (piénsese, por ejemplo, en los trabajos de Keith Baker y Peter Wagner, entre otros) ha conducido a un puñado de autores a sugerir la conveniencia de superar este concepto, hasta el punto de plantear, como lo hace Miguel Ángel Cabrera, una historia post-social⁹². En cuanto a la historia, hace muy poco Niklas Olsen ha sostenido convincentemente que toda la obra de Koselleck puede ser interpretada como una prolongada requisitoria contra la visión totalizante de *la Historia* en singular y con H mayúscula surgida de la Ilustración⁹³. Al agotarse definitivamente nuestra fe en el progreso y distanciarnos de la modernidad ilustrada, pudiéramos estar asistiendo al final de un «régimen historiográfico»⁹⁴.

Podríamos decir entonces que ambos conceptos, en lo que tienen de omniabarcantes y universales⁹⁵, están siendo cada vez más cuestionados. Es posible que el concepto moderno de historia, que Koselleck empezó a discutir con tanto brío hace casi medio siglo⁹⁶, sea tan solo un caso ejemplar de un proceso más amplio de desmontaje de los grandes «singulares colectivos» forjados en el período umbral de entrada en la modernidad. Y no es descabellado conjeturar que podamos estar viviendo sin darnos cuenta una especie de *Sattelzeit* al revés, en la que el colapso de las grandes narrativas y la «crisis del futuro» —unidos a la necesidad de hacernos cargo de la irreductible pluralidad de un mundo globalizado e interconectado— pudieran estar conduciendo al agotamiento y a la fragmentación de algunos de esos grandes conceptos político-sociales totalizantes que hasta hace poco parecían insoslayables⁹⁷.

¿Cómo no sospechar entonces que la historia, ese tipo específico de escritura y de disciplina que se ha desarrollado en Europa y América en los dos últimos siglos, es solo una modalidad entre otras de organización del pasado colectivo? ¿Por qué no atreverse a pensar que no ya la concepción de la historia universal subyacente al idealismo hegeliano sino también las concepciones heideggerianas sobre el Ser histórico y la temporalidad que le es inherente son ellas mismas realidades locales y pasajeras, arraigadas en un aquí y un ahora y por tanto sujetas a caducidad? Nos encontramos

⁹² Cabrera, *Postsocial History*, ob. cit.

⁹³ Olsen, *History in the Plural*, ob. cit.

⁹⁴ François Hartog, «La inquietante extrañeza de la historia», *Historia y Grafía*, núm. 37 (2011), págs. 181-201.

⁹⁵ Véase a este respecto la reseña de Álvaro Santana Acuña del libro de Jean Terrier, *Visions of the Social: Society as a Political Project in France, 1750-1950* (Leiden y Boston, Brill, 2011), *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, núm. 1 (2012).

⁹⁶ Tal vez se esté acelerando ahora esa incipiente «deshistorización de la conciencia general» («*Enthistorisierung des allgemeinen Bewußtseins*») a la que aludía Koselleck al final de su artículo «Geschichte/ Historie» en *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 2, pág. 715; *historia/Historia*, pág. 151.

⁹⁷ Nikolay Kopysov, «Collective Singulars. A Reinterpretation», *Contributions to the History of Concepts*, 6/1 (2011), 39-64. Véase también Hartog, «La inquietante extrañeza de la historia», art. cit. Cabría interpretar esta situación como un «segundo desencantamiento del mundo»: no solo Dios nos ha abandonado, sino que sus remedos seculares, esas «nuevas deidades» que son algunos grandes singulares colectivos: la libertad, la nación, el progreso, la democracia, la justicia, la historia, han perdido también su capacidad como dadores de sentido (Elías Palti, «Pensar históricamente en una era postsecular, o Del fin de los historiadores después del fin de la historia», en Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo Martín [eds.], *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008, págs. 33-34).

aquí probablemente ante una de esas aporías racionales de las que es imposible zafarse que nos sitúa ante los límites de la reflexividad histórica.

Destacaría, para concluir, uno de los legados más valiosos de la historia conceptual, que desde mi punto de vista no es otro que la modificación sustancial del concepto de cambio. El análisis koselleckiano del cambio conceptual, al incorporar la temporalidad interna y la polisemia como características inherentes al concepto, disuelve la rígida incompatibilidad de antaño entre cambio y permanencia: la pluralidad de significados y de estratos semántico-temporales permite pensar lo que para una mentalidad sujeta al estrecho menú continuidad/ruptura resultaba impensable: la sincronía de lo asincrónico (o, si se prefiere, la contemporaneidad de lo no contemporáneo). Hoy es posible pensar de otra manera esa relación entre permanencia e innovación; es posible concebir un tipo de cambio conceptual «no sustitutivo», en el que la pluralidad de niveles de significado remite a la simultaneidad de lo anacrónico⁹⁸.

Pese a todo, incluso entre los historiadores⁹⁹, la moderna conciencia del cambio histórico, en la medida en que continúa presa de concepciones y metáforas muy arraigadas, fuertemente teleológicas, adolece de falta de historicidad. Cuando equiparamos el pasado a *un río* o a *un camino* —o a la gran marcha de la humanidad hacia alguna supuesta meta—, estamos atribuyendo implícitamente a los procesos históricos (e incluso a la Historia con mayúscula) una dirección y unicidad de la que carecieron.

Es probable que el científico social no logre nunca eliminar por completo los supuestos presentistas que subyacen a sus relatos históricos. El esfuerzo, sin embargo, merece la pena. En este sentido, la semántica histórica puede contribuir a disolver las visiones más burdamente teleológicas y a hacer de la historiografía una práctica más reflexiva. Observar con cuidado cómo se han ido tejiendo y destejiendo las redes de significados y, sobre todo, señalar las rupturas y discontinuidades epistémicas entre diferentes momentos del pasado es tal vez la mejor prevención contra las trampas de la teleología. También en este caso, como en otros, podríamos decir con J. J. Bachofen que «la mejor crítica consiste en comprender».

⁹⁸ Koselleck, *Futuro pasado*, págs. 122-124. Del mismo autor, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, introd. de E. Palti, Barcelona, Paidós, 2001.

⁹⁹ Aunque resulte paradójico, no es infrecuente que los historiadores den muestras de una sorprendente ausencia de conciencia histórica: en un debate reciente sobre la enseñanza de la historia en el Reino Unido, observa Cannadine: «I was much struck by the fact that this discussion of how history is taught was totally devoid of historical perspective. What's being said now has been said for 100 years» (D. D. Guttenplan, «History Proving a Touchy Subject in Britain», *The New York Times*, 28 de noviembre de 2011).